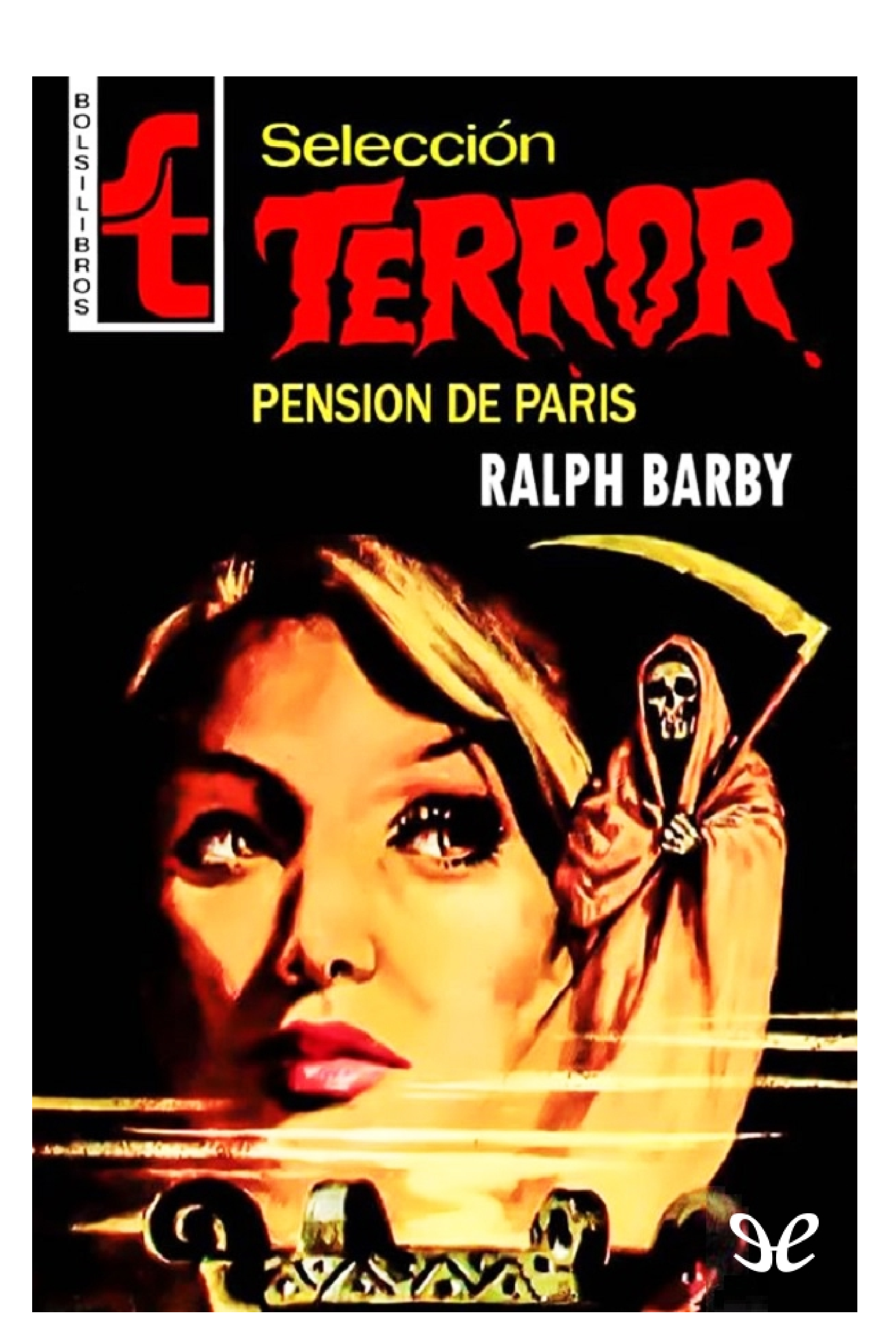

BOLSILIBROS
Selección
TERROR
PENSION DE PARIS
RALPH BARBY

Cruzó la estancia conteniendo la respiración y abrió la ventana de par en par. Aquel ser aumentó sus gruñidos de forma alarmante.

Parece que le molesta la luz del día dijo, vivamente impresionada por lo que veía.

Ella, señalándolo, gritó de pronto:

¡Es el muerto, el muerto, es el muerto!

Se la quedaron mirando. Fue el hombre quien preguntó:

¿De qué muerto hablas?

Anoche, anoche, con el catalejo, vi a un muerto salir de su tumba. Sí, estoy segura, ahora estoy segura, salió de su tumba. Abandonó el cementerio y vino a la pensión… Estoy segura de que es él, las ropas son las mismas, aunque antes no tenía ojos y ahora sí. Su piel estaba repugnante, pero tenía que oler como huele éste ahora. ¿Es que no os dais cuenta? ¡Huele a cadáver, huele a cadáver!



Ralph Barby

Pensión de París

Bolsilibros: Selección Terror - 189

ePub r1.0
xico_weno 21.10.17

Título original: *Pensión de París*
Ralph Barby, 1976
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO despertó, todavía notaba en su boca el sabor del vino rosado de Carcassonne. Era un vino fuerte y con un precio moderado, un vino asequible a los francos que Jéróme Sebolix podía sacar por las noches de Pigalle.

Jéróme Sebolix era un tipo que, de ordinario, tenía mal humor. Había sido marino, pero dejó los barcos en el puerto de Marsella. Allí, había comenzado una vida nada digna de chulo, consiguiendo su pequeño «ganado», que no había pasado más allá de cuatro furcias.

Una paliza en un callejón de Marsella, muy cerca de la *kasbah*, le había hecho pensar que tenía que buscarse otros aires, claro que eso sólo había podido hacerlo casi un mes y medio más tarde, cuando le quitaron la escayola que tenía que ayudar a soldar las fracturas, pues los que ya controlaban la zona lo habían dejado hecho un guiñapo.

Jéróme Sebolix no era ninguna joya. En París hacía de todo y de nada. Había tratado ele imponerse algo, pero todo estaba copado ya, desde Pigalle a la Chapelle, todo el *boulevard* de Rochechouart, donde había más negros senegaleses que en toda África junta. Creer que se podía imponer a los negros de Montmartre era una estupidez, pues ya había negros que controlaban todos los negocios de bajo fondo de la zona.

Jéróme tuvo que conformarse con vivir a salto de mata, haciendo de intermediario o vendiendo esto aquí o aquello allá. Pese a su vida nada digna, deseaba vivir, y tenía la esperanza de salir algún día del pozo en que se hallaba metido.

Vivía solo, como todos o casi todos los que residían en la pensión Lachaise, una pensión vetusta y estrecha. A la calle sólo daba la puerta de entrada, y cuatro angostas ventanas que se hallaban una encima de otra. El resto de las ventanas daban a patios

interiores.

El panorama no era divertido para unos ni para otros, pues desde las ventanas que daban a la fachada, además del tránsito, podía verse el cementerio de Pére Lachaise, que daba nombre a la pensión, regentada por las hermanas Magenta, Marguerite y Hortense.

El ruido del depósito del retrete al ser vaciado sonó escandaloso dentro de la pensión, que estaba extraordinariamente silenciosa.

—¡La madre que me parió! —masculló Jéróme, al abrir el grifo del lavabo y sólo caer por él un par de gotas de agua—. Otro día sin lavarme, y esas brujas sin gastarse un franco en el fontanero.

Se volvió hacia el corredor del piso alto en que se hallaba. El lavabo, lo mismo que el retrete, tema que servir para cuatro huéspedes.

—¡*Madame* Marguerite, *madame* Hortense!

Su llamada encontró ecos en la pensión escasa de luz. Nadie le respondió. Parecía estar él solo en el edificio. Descalzo, caminando sobre la apolillada alfombra que cubría un suelo de madera, carcomido, y que gruñía a cada pisada, descendió un piso.

Entró en el otro cuarto de aseo, y tampoco encontró agua. Volvió a soltar un par de obscenidades, sin importarle que pudieran escucharle si no todo lo contrario; bajó otro piso y otro después, y sólo encontró agua en la cocina.

—Menos mal que, además, huele bien.

Jéróme iba en camisa y pantalones, y con los pies desnudos. Se lavó en la fregadera y luego se sentó frente a una mesa camilla, en la que había dispuesta una tetera, una taza, un par de *croissants* y un periódico doblado.

—Bueno, tomaremos algo… —Se volvió hacia la puerta y llamó de nuevo—: ¡*Madame* Marguerite, *madame* Hortense!… Nada, como si se hubieran muerto. Estas brujas, con sus sesiones de espiritismo, siempre andan fastidiando. Menos mal que no estoy aquí cuando invocan a los muertos; les aguaría la fiesta.

Soltó una carcajada, aunque él mismo no estaba muy seguro de la causa de su risa.

—¡Té, qué asco…! Dos dedos de café con cuatro dedos de coñac sería lo mejor ahora, pero a esas brujas les gusta el té y, si no te gusta a ti, te buscas otra pensión; ésas son las reglas de la casa.

Malditas brujas, si no fuera porque me hacen un precio arreglado y me fían cuando voy bajo de fondos, a buena hora estaría yo en este fonducho.

Era obvio que Jéróme Sebolix no estaba a gusto en la pensión Lachaise, regentada por las hermanas Magenta, mas no se iba a otra parte porque allí tenía una habitación segura y desayuno incluido. El resto tenía que buscárselo por el gran París o por el bajo París; él tenía una diferencia respecto a los otros huéspedes que podían estar alojados en la pensión. Jéróme Sebolix se desayunaba por la tarde cuando se levantaba, pues su vida era nocturna.

No era hombre aficionado al periódico, pero mientras desayunaba, tomó el ejemplar de la mañana, que tenía abierto delante, y con una esquela remarcada en rojo, unos trazos burdos, hechos con un rotulador de los que empleaban Marguerite y Hortense, dos mujeres que semejaban sacadas de un París antiguo, caduco y ya desaparecido.

Sólo había que ver los sombreritos con flores que lucían. No eran las únicas de París que conservaban esta tradición, pero ellas la llevaban al límite.

—Esas brujas… Seguro que se han ido a un entierro, serán morbosas. Pero claro, ¿dónde se van a divertir dos viejas como ésas? Cualquier día les endoso un caramelo de droga o un «petardo», porque ellas fuman, a escondidas, pero fuman, como si temieran que su padre las fuera a coger de un instante a otro, un padre que ya no será ni esqueleto. Estará hecho polvo, Dios sabe en qué tumba —pensaba Jéróme, mientras se comía ruidosamente el *croissant* empapado de té. No es que le gustara, pero era lo único que tenía a mano. Buscar en la despensa jamón y huevos era mucho optimismo.

De pronto, Jéróme parpadeó. Un pedazo de bizcocho cayó dentro de la taza que contenía el té, aunque la taza no era de té, si no mucho más grande. Se salpicó y añadió unas manchas a su camiseta.

Se frotó los ojos y volvió a leer despacio, como temiendo que la vista le hubiera jugado una mala pasada.

—«Descanse en paz Jéróme Sebolix. Esta tarde será incinerado su cuerpo…». ¡La p… de su abuela!

Asestó un puñetazo a la mesa y la taza saltó. No se volcó,

aunque sí se vertió la mitad de su contenido. Se ensució el periódico y la mano derecha del enfurecido Jéróme.

—¡Con esta broma se han pasado, maldita sea, se han pasado!

Releyó la esquela mortuoria, remarcada en rojo. Jéróme estaba furioso, pero, de pronto, soltó una carcajada.

—De modo que hasta tienen sentido del humor, ¿eh? Tendría que prender fuego a este antro, a ver si se reían también. ¡Demonios de mujerucas…! No sé cómo no han convertido esto en un prostíbulo y, en cambio, se las dan de finolis y distinguidas.

Se tomó lo que quedaba de té, estrujó el periódico en su mano y gruñó:

—Como es temprano, voy a asistir a mi propia incineración. Creo que será divertido, y se van a reír mucho las *cocottes* cuando se lo cuente; ya lo creo que se reirán.

Regresó a su cuarto y allí se puso una camisa, una corbata grasienta por el uso y la chaqueta.

Quiso mirarse al espejo de su habitación y se dio cuenta de que no estaba en su lugar. El clavo del que debía de colgar aparecía desnudo contra el viejo papel que cubría la pared, pues no se podía decir que la decorase.

Aquel clavo, visto a la escasa luz, era como un insecto inmóvil, al acecho o quizá muerto. Sólo faltaría aplastarlo contra el papel y quedaría una mancha rojiza, la mancha de la sangre; pero no, no habría mancha, pues era tan sólo un clavo en la pared.

Estuvo a punto de soltar otra obscenidad, mas terminó encogiéndose de hombros. Se alisó el pelo con la mano y abandonó la habitación.

Todo seguía a media penumbra y tremendamente silencioso, a excepción de un ruido de agua, que provenía del piso bajo. Un depósito de retrete se estaba llenando lentamente.

Al llegar al angosto y vetusto vestíbulo, buscó instintivamente el espejo que había junto al paragüero. Quedó perplejo al comprobar que allí tampoco estaba el espejo.

En su lugar había un cuadro, representando un paisaje campestre nocturno en el que destacaba un hermoso y brillante plenilunio, que el artista había sabido plasmar con mucho realismo.

—Estoy seguro de que ahí había un espejo —gruñó Jéróme, pero él mismo dudó.

Era la sensación de pasar innumerables veces frente a un objeto, y luego no estar seguro de si el objeto existía en realidad o sólo era fruto de la propia imaginación.

Al salir al bulevar, todo parecía distinto. El cielo estaba encapotado. Amenazaba lluvia y, sin embargo, el suelo estaba seco.

Por el bulevar de Ménilmontant discurría una abigarrada circulación. Los vehículos llevaban sus luces de posición encendidas. La hiedra que cubría el muro que separaba el cementerio del bulevar aparecía muy oscura y brillante a la vez. Sus hojas estaban limpias, quizá por la lluvia de hacía dos días.

La tienda de flores para quienes deseaban comprar camelias, pensamientos o crisantemos que ofrecer a las tumbas de los famosos que yacían en paz dentro del histórico y cuidado cementerio, se hallaba cerrada. A su izquierda, la gran zapatería André, con sus letras blancas sobre cuadrados azules. Todo parecía normal; sin embargo, Jéróme tenía algo dentro de su pecho que le hacía pensar que todo no era normal para él. Flotaba algo extraño, inconcreto, que no conseguía definir.

París, en sus calles y avenidas, estaba animado como siempre. Luces aquí y allá y los grandes monumentos a oscuras para ahorrar energía, según se había acordado en el pacto de la mancomunidad europea.

Era una lástima tener que esperar a días determinados para ver la Madeleine iluminada, el Arco del Triunfo, la Ópera o las fuentes del Trocadero, aunque a Jéróme Sebolix, todo aquello le importaba un comino.

Anduvo por las calles sin tomar el Metro ni un taxi. Jéróme no tenía coche, no le hacía falta; por otra parte, su carnet de conducir estaba retenido por la policía por un atropello en estado de embriaguez, que había cometido. Si le atrapaban conduciendo un vehículo con la suspensión con que le habían sentenciado, iría a la cárcel y por una estupidez no quería dar con sus huesos en «chirona».

Un alto negro senegalés, con sus ojos brillantes, anunciaba su mercancía para turistas, moviendo un Rattle que también ponía a la venta y cuyo sonido recordaba extrañas músicas africanas. El negro tenía las solapas de su chaqueta subidas, cubriéndole el cuello. Él notaba más que los franceses el frío de París, pero su trabajo era

vender aquellas chucherías artesanas, imitación de las auténticas africanas.

Pensando y gruñendo, cuando se dio cuenta, Jeróme se encontró dentro de la capilla que accedía al incinerador de cadáveres. Estaba muy solitaria. Allí no crujían las velas al consumirse; la iluminación era eléctrica, aunque imitase a las velas en su aspecto externo.

Sobre un catafalco rodante vio un féretro abierto; la tapa descansaba al lado. El féretro era de mala calidad, aunque su aspecto podía estar más o menos presentable.

Escuchó sus propios pasos al acercarse al ataúd.

—¿Por qué diablos estoy aquí? ¿Qué mierda se me ha perdido en este lugar tan fúnebre? —se preguntó in mente. Las palabras casi salían de su boca, pues sus dientes se movían mientras pensaba—. La culpa la tienen esas brujas, esas malditas hermanas Magenta. ¿Y seré tan estúpido de dejarme atrapar por la broma de dos viejas?

No pudo evitar mirar hacia el interior del féretro.

Dentro de él yacía un hombre de estatura regular, tirando a alto. Debía haber sido fornido, con unos cuantos kilos de más. Su edad oscilaría entre los cuarenta y cincuenta años y ahora mostraba un pálido color azulado.

Se le notaba que en cuatro o cinco días no se había afeitado. Tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

—No es posible, no es posible —mascullo.

No es que Jeróme se mirase mucho al espejo de ordinario, pero estaba facultado para reconocer su propia cara donde quiera que la viera, y aquél era su rostro, su cuerpo.

Dio un paso hacia atrás instintivamente, como no deseando ver algo que le horrorizaba. La sombra que su figura proyectaba en el pavimento se alargó, moviéndose al propio tiempo que él.

Consiguió reponerse de aquel miedo, pues no podía negarse que era miedo, y dio dos pasos adelante. Alzó su mano y pasándola por encima del ataúd, alargó sus dedos hacia el rostro del cadáver.

Lo palpó. Estaba frío y se convenció de que no era un muñeco. Era un ser humano muerto.

De súbito, encorvó sus dedos y quiso arrancarle el rostro como si tuviera la certeza de que llevaba una máscara, de goma o caucho. La piel se arrugó y llegó a erosionarse, pero no brotó sangre, sino un líquido denso y blanquecino.

—¿Qué hace usted? —le preguntó una voz dura y fría a la vez, una voz que le sobresaltó y que le obligó a apartar la mano repentinamente, como ladrón atrapado con las manos en la masa.

El hombre que le había interpelado era de estatura media, tirando a bajo, vestido de oscuro, con corbata y camisa nívea. Apenas tenía cabello en todo su cráneo y usaba gafas de cristales montados al aire, que le daban un aspecto más frío.

—¿Qué significa esta broma? —inquirió, reaccionando, en vez de a la defensiva, colocándose a la ofensiva.

El hombre de la funeraria se acercó al ataúd. Miró el cadáver y después a Jéróme, muy inquisitivo.

—¿Cuál broma?

—No sea estúpido, usted ya sabe.

—¿Que yo sé, qué es lo que tengo que saber? Le advierto que no voy a dejar que me insulte. Por cierto, ¿es usted familiar de este finado?

—¿Familiar? Oiga, ¿es que con las gafas que lleva no ve bien?

—Veo perfectamente —le dijo, casi separando una sílaba de otra para que su respuesta se escuchara con el máximo de claridad.

Jéróme comprendió que aquel hombre estaba mucho más seguro de sí mismo que él.

—¿Cómo se llamaba este hombre?

—Jéróme Sebolix y, al parecer, no tenía familia alguna, por eso le he preguntado si usted le conocía. ¿Ha sido usted quién ha pagado la incineración?

—¿Yo?

—Ya veo que no ha sido usted. De todos modos, debe haber algún alma caritativa que se ha apiadado de él. Sus cenizas deberán ser echadas al Sena.

De pronto, a Jéróme le cogió como un ataque demencial y colocando sus manos sobre una de las bandas del ataúd, se aferró a él al tiempo que gritaba:

—¿Es que no se da cuenta de que ese hombre al que usted llama Jéróme soy yo mismo?

—¿Usted?

Era difícil imaginarse al hombre de la funeraria riendo, pero se rió y sus carcajadas, algo agudas, rebotaron en las paredes de la capilla.

En aquel instante, Jéróme tuvo miedo, un miedo que le subió desde las plantas de los pies, como si se lo transmitiera el suelo, un miedo que empapó de sudor sus pies y ascendió por sus piernas, por el bajo vientre y por las tripas, que se volvieron sonoras a su paso. Llegó a los pulmones y al corazón, produciéndole un espasmo que le asfixiaba, que le cortaba la respiración, mientras sentía en su rostro un sudor frío. Caminó hacia atrás, buscando torpemente la salida.

—¡Márchese antes de que llame a la policía y le internen en el psiquiátrico! —exclamó aquel burócrata y artesano de la muerte, frío e impecable, sin moverse del pie de aquel ataúd cargado con un cadáver que debía ser introducido en el horno crematorio.

Los sopletes de gas lo reducirían a cenizas en poco tiempo. El humo y el hedor pasarían por los filtros para que no fuesen a contaminar el aire de la gran urbe.

Jéróme vio en su mente la imagen del cadáver metido en el horno, abrasándose, produciéndose ampollas y reventando en medio del crepitar de la incineración. Se horrorizó, saltando a la calle sin tocar los peldaños que le separaban de ella.

Corrió sobre un suelo seco y oscuro por falta de luz, bajo un cielo encapotado que, avaro, aún no soltaba la lluvia.

Al pasar frente a los escaparates de un comercio se detuvo. Allí había un espejo y sintió el deseo irresistible de mirarse en él.

Cuando se pudo ver, miró alrededor como buscando a otro nombre que también se reflejara en el cristal, pero no lo había. Se palpó el rostro y comenzando a tiritar como si sus piernas estuvieran metidas en medio metro de nieve, balbució:

—No soy yo, no soy yo, no soy yo…

Y echó a correr.

Jéróme Sebolix no había reconocido aquella cara; su rostro era el del hombre que iban a incinerar. Como ebrio, retomó a la funeraria.

La puerta estaba cerrada. La golpeó con sus puños y nadie abrió. Tuvo la impresión, aunque ello era técnicamente imposible, de que estaba oyendo el crepitar del fuego dentro del incinerador.

Notó que sus cabellos se ponían tensos, se crispaban. Todo él se cargaba de electricidad, de puro terror y se alejó de allí gritando.

—¡No soy yo, no soy yo, no soy yo!

Por una calle angosta y solitaria fue a dar cerca de la estación de

Stalingrado. El Metro en elevado discurría por encima del bulevar. La noche hacía más siniestras las vigas que sostenían los raíles del Metro.

Sintió un imperioso deseo de orinar, y corrió hasta meterse dentro de uno de aquellos malolientes urinarios públicos en forma de caracol, hechos de hierro oscuro.

Cuando salió, parecía más descansado. Anduvo bajo el elevado y, al pasar el Metro, el fragor fue intensísimo.

Jéróme Sebolix, si es que Jéróme Sebolix era él, gritó con fuerza, como si quisiera hacer estallar sus pulmones. El Metro se alejó y él siguió caminando como ebrio, sin oler el orín que cualquiera podía olfatear en aquel sucio bulevar donde los automóviles se estacionaban.

Al otro lado de la calzada, en el bulevar Rochechouart, negros, muchos negros iban y venían frente a los comercios cerrados, frente a las *sex-shop* abiertas, y frente a aquellas escaleras que eran prostíbulos sin disfraz alguno, aunque carecieran de rótulo.

Bastaba empujar la puerta y sin entrar en la escalera, podía verse al desnudo la mercancía que allí, por unos francos, podía ofrecerse.

Jéróme no estaba para aquellas bajas diversiones, de las que él solía lucrarse. Caminaba torpemente, como si entre pecho y espalda llevara dos o tres litros de vino de Carcassonne.

Pigalle no estaba lejos pero tampoco cerca. No quiso hacer aquel trecho andando y subió las escaleras del elevado de la línea dos.

Buscó en sus bolsillos y no encontró ningún billete. Se dirigió a una máquina automática, metió nueve francos y salió una tira de diez billetes, válida para autobuses y Metro.

Arrancó una unidad de la tira y la introdujo en el automático que daba acceso a la estación. Salió marcada por el otro lado y pasó al andén. Había poca luz, y estaba muy solitario, o así se lo pareció a Jéróme.

—¿Me da fuego? —le preguntó alguien, que ya estaba encima de él.

—¿Fuego?

—Sí, fuego —insistió quien tenía el rostro detrás de un

cigarrillo.

Su tez era morena, de pelo rizado y complexión delgada. Debía ser joven, aunque la escasa luz no dejaba ver bien.

Jéróme buscó en sus bolsillos hasta sacar un mechero. Se lo quedó mirando con fijeza y vio unas iniciales.

—Yo soy Jéróme Sebolix, aquí lo dice. Él no era yo…

—Oiga, no sea estúpido y deme todo lo que lleva encima —le exigió un tanto agudamente, aquel joven que le había abordado, pidiéndole fuego.

—¿Qué?

—Esto es un robo, deme lo que lleva.

Jéróme ni se dio cuenta de que el extremo de una afilada navaja le apuntaba al cuello.

—¡Hijo de perra!

Lo sacudió, agarrándolo por las solapas y alzando el puño dentro del cual había quedado el mechero, le golpeó en el rostro.

Notó entonces algo frío y caliente a la vez, que se introducía en su cuerpo. Aquella misma impresión la tuvo varias veces.

Jéróme tragó aire y ahogó un grito. Sintió que sus piernas flaqueaban cuando apareció ruidosamente el Metro con sus vagones iluminados. Por las ventanillas escapaba luz, semejando múltiples ojos de aquel monstruo rodante, que se deslizaba sobre vías férreas.

Ante la aparición del Metro, el asaltante se dio a la fuga, precipitándose escaleras abajo. Jéróme, tambaleándose, levantó una de las aldabas y abrió la puerta del vagón. Se metió en él y vio que había poca gente, unos negros que le miraron con recelo.

Jéróme sintió el vientre y las piernas húmedas con algo suave y cálido, que fue tiñendo el suelo de rojo. Tomó asiento y cerró los ojos, notando el fragor del ferrocarril urbano.

Se detuvo en una, dos, no supo cuántas estaciones. Cuando volvió a abrir los ojos, se puso en pie; el vagón estaba vacío. El tren se detuvo en una estación y él se apeó. Quiso leer los rótulos, pero su vista se había nublado y hecho imprecisa.

Las luces se distorsionaban en sus retinas. Dejando un rastro de sangre, buscó una escalera. Cogió el pasamanos, abandonó la estación que ahora era subterránea y no elevada.

Al recibir el aire de la calle, tuvo frío, mucho frío, y carecía de fuerzas. Anduvo por las calles penosamente y vio el Sena. Descendió

por una pendiente solitaria, cayó al suelo y rodó sobre sí mismo.

Permaneció unos segundos tendido y un coche frenó delante de él, iluminándole con sus faros. El automóvil estuvo quieto, con el motor al ralentí. Era como un monstruo mecánico que mantuviera sus ojos clavados en Jéróme para poder presenciar su agonía y muerte.

—¿Qué le pasará, lo habrán atropellado? —inquirió una voz femenina.

Jéróme se levantó cuanto pudo, mas ni siquiera consiguió sentarse sobre el asfalto. Abajo, el río discurría, limpio y silencioso.

—Soy Jéróme Sebolix soy Jéróme Sebolix…

La joven, rubia y esbelta, con una cinta cruzando su frente al estilo piel roja, descendió del coche. Por el otro lado hizo lo mismo un hombre joven. Lucía una recortada barba cobriza que le daba un cierto aire intelectual.

—¡No bajéis, puede ser una treta! —advirtió otra voz masculina desde el interior del coche, un vetusto «Volkswagen». A su lado viajaba otra muchacha de cabellos castaños y largos.

—¿Qué le ha ocurrido? —interpeló el joven, arrodillándose junto al caído.

—Está empapado de sangre —observó, estremeciéndose la muchacha, que llevaba un vestido largo hasta los pies y que no era precisamente el más apropiado para ir a la Ópera.

—Vivo en la pensión Lachaise, la pensión Lachaise… Soy Jéróme Sebolix —articuló con muchas dificultades, con una voz apenas audible—. Las hermanas Magenta, las hermanas…

Dobló la cabeza.

—¡Jean, Jean! —gritó la chica rubia.

—Parece que ha muerto. Creo que lo han acuchillado.

—¡¡Jeaaan!! —gritó la muchacha ahora horrorizada, llevándose las manos al rostro como para sujetárselo.

Era verdadero horror lo que sentía y carecía de la capacidad de sus antepasados para desmayarse y así escapar de la angustiosa situación.

Jean, el hombre del jersey y la barba, sin dar crédito a sus ojos, vio cómo aquel cuerpo que yacía sobre el asfalto, iluminado por los faros del vetusto «Volkswagen», se descomponía rápidamente.

La destructiva labor de la descomposición, que debía

prolongarse durante años y años, se estaba realizando en segundos. Al poco, allí no quedó más que un esqueleto descompuesto y horrendo, metido dentro de unas ropas que le venían grandes.

CAPÍTULO II

—PUES no sé, no sé… ¿Dicen que son estudiantes? —Casi gruñó aquella mujer que ya estaba al borde de la vejez y que para avanzar utilizaba un bastón con empuñadura horizontal de marfil.

Su pierna izquierda estaba tan tiesa como un palo, como la caña del bastón que era de bambú.

—Los estudiantes siempre traen problemas. Luego, viene la policía y a nosotras no nos gusta eso. Somos gente honrada y en esta pensión sólo admitimos a gente honrada.

—Es que nosotros somos gente honrada hasta que se demuestre lo contrario, ¿o no es así?

Madame Hortense se volvió hacia el joven que había protestado. La chica de cabello castaño que estaba a su lado le cogió por el brazo, conteniéndole.

—Gilbert, por favor.

—¿Qué, hay buenas habitaciones? —preguntó desde más atrás, casi en el umbral de la puerta, aquel hombre joven que llevaba una espesa y recortada barba cobriza y un jersey negro cerrado al cuello, sobre el que montaba el cuello de una camisa azul claro.

—¡Marguerite, Marguerite! —llamó *madame* Hortense.

Marguerite era más alta que su hermana y también más seca, casi podía decirse que sólo tenía piel y hueso. El labio inferior, cortado por dos lugares, le daba un aspecto poco tranquilizador.

—¿Qué es este alboroto? La pensión Lachaise es un lugar tranquilo.

—Ya se lo he dicho, Marguerite, ya se lo he dicho. Quieren dos habitaciones.

Marguerite escrutó a los cuatro recién llegados, cargados con bolsas de viaje y maletas.

—¿Dos habitaciones? Les advierto, jóvenes, que esta pensión es honesta y aquí, nada de relaciones prematrimoniales como se dice

ahora. Si quieren un burdel, van a Pigalle.

—Oiga, señora, que no le vamos a comer la casa —le dijo Silvy, la joven más alta de las dos, la rubia que llevaba la cinta en la cabeza y que acompañaba a Jean—. Si usted se cree con derecho a pensar mal de nosotros, yo también tengo derecho a pensar porquerías de ustedes dos.

—Por favor, Silvy —le pidió Marie.

—Bueno, pero habrá de admitir que la juventud de ahora…

—La juventud actual, *madame*, alterna con quien le parece, como la juventud de antes. ¿O es que usted todavía es doncella?

—Ejem… ¿Dos habitaciones? Serán en pisos separados, los dos jóvenes en una y las señoritas en otra. Síganme.

—Tienen ustedes suerte, mucha suerte, de que tengamos habitaciones libres. La verdad es que nosotras no acogemos a los turistas que están tres o cuatro días en París, queremos gente estable. Por cierto, ¿qué estudian?

—La manera de hacernos ricos —contestó Gilbert rápidamente.

Se echó a reír y su risa quedó cortada al colgarle Jean la maleta más pesada sobre el hombro, pues se le había acercado por la espalda.

La pensión no era de lo más acogedor. Oscura, húmeda y casi maloliente por culpa de la escasa ventilación.

Subieron un peldaño tras otro por la angosta escalera. Hortense, con su bastón, se quedó abajo, sin moverse y mirando hacia arriba.

La mano huesuda de Marguerite hizo girar una llave en una de las puertas.

—Esta habitación es buena para las señoritas.

—¿Por qué ésta y no la de arriba? —inquirió Marie.

—Porque el lavabo está abajo. Los hombres pueden subir y bajar más peldaños.

—Anda, que como hayamos tomado un laxante… —rezongó Gilbert por lo bajo.

Dejaron dos maletas y tres bolsas. Después, Jean y Gilbert subieron al piso siguiente donde *madame* Marguerite les abrió otra puerta.

—Una habitación está encima de la otra —puntualizó la vieja—. Si se portan bien, como tengo otros cuartos libres, es posible que, arreglando el precio, puedan tener dormitorios individuales.

—Muchas gracias, *madame*, pero ¿cuánto nos va a cobrar más? —le preguntó Jean algo sarcástico.

—Ya lo pensaremos. En París, la vida está muy cara, muy cara; sin embargo, siempre se pueden hacer componendas. Espero que no me armen bulla. Aquí, por la noche, queremos tranquilidad. Si desean ir a divertirse, háganlo, pero fuera de la pensión, ¿entendido?

Cuando *madame* Marguerite salió de la alcoba, Gilbert cerró la puerta y exclamó, espontáneo:

—Menudo par de brujas.

—Calla, pueden oírte.

Madame Marguerite todavía estaba cerca de la habitación; les había oído y se puso más tensa. Alzó el mentón y luego, sin decir nada, con mucha dignidad, descendió la escalera.

Las voces de Silvy y Marie se oían como un rumor agradable.

—Oye, la idea de venir aquí no me convence nada, pero que nada —protestó Gilbert.

—No puedes quejarte. Tienes habitación con dos camas y a un precio asequible.

—Ya teníamos otra, donde nos hospedábamos antes.

—Era más caro que aquí y a ninguno de los cuatro le sobran los francos.

Gilbert abrió la ventana, mirando hacia la calle.

—Fíjate, fíjate, qué panorama… Podemos ver tumbas a mansalva. ¿Sabes que éste no es el lugar idóneo para inspirarse?

—Tus letras de canciones, hasta ahora, han sido muy rosadas. Si quieres que te editen alguna, hazlas tristes, con cementerios y cosas de ésas. A lo mejor tienes suerte, pero, si quieres un consejo, sigue estudiando para veterinario, y así, el día de mañana tendrás dinero seguro.

—Ya, cuidando vacas en Brive, donde está mi padre. Le dije: «Papá, olvídate de la granja y construye un hotel», pero nada, él sigue en sus trece. O me hago veterinario para cuidar sus vacas, o no heredo ni un franco. —Se dejó caer sentado sobre la cama, y ésta cedió mucho bajo su peso. Luego se balanceó, algo más divertido—. No hay peor cosa que nacer pobre.

—Hay algo peor.

—¿El qué?

—Ser imbécil, además de pobre, y tú no querrás ser las dos cosas, ¿verdad?

—Oye, no te metas conmigo. A mí me gusta cantar.

—En el zoológico, algunos lo hacen mejor. Vamos, Gilbert, que te han dado largas todos los *cabarets* de París.

—Porque no me entienden, van a lo seguro, y luego, ¿qué pasa? Pues que tienen ya a un montón de chicas desnudándose en la pista, y nadie les hace caso. El *strip-tease* es nuestra fiesta nacional, y hasta los turistas comienzan a aburrirse.

—¿Y cree que contigo se iban a divertir? ¿Tan escasos de payasos andamos?

Gilbert iba a replicar algo incisivo, pero llamaron a la puerta.

—Adelante, no hemos colocado la tranca —repuso Jean un tanto socarrón.

Al abrirse la puerta, aparecieron Silvy y Marie, que miraban furtivamente alrededor. Pasaron al interior de la alcoba, y Gilbert se apresuró a cerrar.

—Tenemos una visita de lo más horrible —se lamentó Marie.

—Pues, anda que aquí —replicó Gilbert señalando la ventana con la mano—. Vemos hasta la capilla del cementerio. Sólo nos faltan cuatro cirios en cada cama y, quién sabe, a lo mejor a la noche, después de cenar, nos los encontramos porque van incluidos en el precio.

—No le hagáis caso, está de un quejoso subido —dijo Jean, mirando hacia el cementerio.

—Jean —le interpeló Silvy—. ¿No crees que hubiera sido mejor ir a la policía?

—¿A la policía? Nos tomarían por bromistas, y no les gusta que los estudiantes se mofen de ellos. Ya les damos bastantes problemas con las huelgas.

—Pero tenían que hacemos caso. En el asfalto dejamos un cadáver, ¿no? Era un cadáver, vosotros lo visteis —dijo Gilbert.

—Aquello eran los restos de un cadáver, que podía tener siglos.

—Yo me volveré loca —se lamentó Silvy.

Por su parte, Marie opinó:

—Creo que lo mejor habría sido olvidamos de lo que vimos, y marchar a otra parte.

—La culpa es de este cabezota que, además de estudiar

Medicina, le da por meterse frente a nosotros, con miles de calaveras vigilándonos durante la noche… Las cruces apuntando al cielo y las ramas de los árboles cayendo hacia abajo, mientras las flores se marchitan porque quedan olvidadas… Oídme, esto rima, ¿verdad? Sí, creo que rima.

—Lo que vimos no fue un truco. Un hombre agonizaba, medio desangrado, y, de pronto, se convirtió en los restos de un cadáver, con el aspecto de muchos años de sepultura. Todos lo vimos, ocurrió frente a nuestros ojos. La policía pensaría que se trata de una broma de estudiantes; no daría crédito a nuestras palabras.

—¿Y tú piensas desentrañar el misterio? —interrogó Gilbert, en tono de sorna.

—Hay que puntualizar que Jean no nos pidió que viniéramos aquí con él; fue un acuerdo que tomamos todos.

—Mane tiene razón.

—Sí, tiene razón —prosiguió Gilbert—, pero ¿quién advirtió que íbamos a dar con nuestros huesos en una pensión tan lóbrega y carcomida como ésta? La verdad, no me gusta tener el cementerio ante mis narices.

—Los muertos no hacen nada —dijo Marie.

—Eso ya lo veremos.

Silvy soltó una corta carcajada.

—¿De veras tienes miedo de los muertos?

—Vaya, veo que os estoy pareciendo muy divertido. A lo mejor, hasta resulta que soy idiota.

—Si tú lo dices —replicó Marie.

—Oye, Jean, ¿vas a permitir que este par de borregas se mofen de tu mejor amigo?

—¡La próxima vez que me llames borrega, te vacío una jofaina de agua en la cabeza! —exclamó Silvy.

—¡Paz, paz! —pidió Jean, abriendo sus brazos.

—La paz ya la tienen los que están al otro lado del bulevar —masculló Gilbert, señalando el cementerio.

Jean abrió su maleta, y de ella sacó un catalejo de gran potencia. Se aproximó a la ventana, lo estiró y, acercándoselo al ojo derecho, lo graduó. Después comentó:

—Es divertido; con este potente catalejo, hasta puedo leer los nombres de algunas tumbas.

—Silvy, me parece que tu Jean te está saliendo muy morboso —dijo Marie, señalando al joven de la barba, con el pulgar de su diestra.

—Jean, ¿verdaderamente piensas que descubriremos algo?

—No lo sé, pero aquí hay algo encerrado. Tú oíste lo que dijo aquel extraño ser, que se descompuso frente a nosotros: «Pensión Lachaise, hermanas Magenta».

—Pero ¿crees que esas dos viejas cascarrabias tienen algo que ver con lo que presenciamos?

—No lo sé, pero si pasamos aquí una semana o dos, quizá lo averigüemos.

—Yo no estoy aquí más de quince días. Ya comienza a salirme urticaria, de estar encerrado entre estas paredes, con papeles tan sucios —protestó Gilbert.

—No te quejabas tanto cuando dormías en la hierba del puente de las Artes, junto al Sena.

—Aquello era una experiencia —replicó Gilbert.

—Una experiencia de vivir como un estudiante pobre, pero tú tienes dinero —le dijo Jean sin mirarlo—. Si aquello fue una experiencia, esto también puede serlo. Además, nadie os ha arrastrado hasta aquí. Yo dije que vendría a vivir unas experiencias por mi cuenta y riesgo. Vosotros os apuntasteis a la idea, y aquí estamos todos. Os advertí que, en ocasiones, estas experiencias resultan macabras y horrendas. Os reísteis de mí porque estábamos en un lugar muy iluminado, con mucho ruido musical de fondo, pero aquí es diferente.

—Vamos a ver, pero ¿tú has vivido experiencias de esta clase en alguna otra ocasión? —le preguntó Marie, intrigada.

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿cómo pretendes saberlo?

A la pregunta de Gilbert, Jean contestó:

—He leído mucho sobre casos oscuros, que quedan al margen de la Ciencia, por no hallársele explicación alguna, y no poder repetirse de forma metódica las experiencias. Hay muchos temas que quedan al margen de la ciencia convencional. Sí, he leído mucho sobre ellos, y ahora que tengo oportunidad de husmear en un caso real, o por lo menos así me lo parece, no voy a perdérmelo. En esta pensión, frente a este cementerio, ocurre algo y, si está en

mi mano, quiero saber qué es.

—¿Será tu tesis para cuando te doctores? —preguntó Gilbert, socarrón.

—Si hablara de algo extraño como lo que imagino, sin poder atar cabos todavía, la ciencia me daría la espalda, pero si se publicara en los periódicos, ¿sabes cuánta gente acudiría a esta pensión, tratando de averiguar algo?

—Sí, este antro se pondría de bote en bote, como el museo de cera de *madame* Gravin, en fiestas de Pascua. ¿Por qué no lo publican las propias hermanas Magenta? A lo mejor se forraban de francos.

—Quizá están esperando que alguien les lance la idea —opinó Marie, sonriendo.

Jean se volvió hacia sus amigos.

—Que a nadie se le ocurra mencionar lo que sabemos. Si lo hacéis, se estropeará todo el plan.

—No temas, hombre, no temas; no diremos nada —gruñó Gilbert.

—¿Qué os parece si dejamos las maletas y las bolsas aquí, y nos vamos a dar una vuelta? —preguntó Silvy.

Marie cogió el catalejo de Jean y, acercándoselo, escrutó el cementerio, bajo el cielo encapotado de París.

—¡Eh, mirad, mirad qué hay allí, mirad! —exclamó señalando hacia el cementerio, mas sólo ella podía ver lo que ocurría, porque tenía el catalejo frente a su ojo izquierdo.

CAPÍTULO III

—AHORA, les ruego que la diestra de cada uno tome la mano izquierda del que está sentado a su izquierda —pidió, con voz profunda, el doctor Pierre Loire.

Todos los que estaban sentados en torno a la amplia y oscura mesa circular, le miraron.

El doctor Loire era un hombre que semejaba más alto de lo que realmente era, dada su extrema delgadez. Acentuaba esta impresión los trajes oscuros, con corbata negra, que siempre vestía.

Apenas tenía cabello sobre su cráneo desnudo, y el que tenía era canoso como sus patillas y su barba sin bigote. La piel se le pegaba a los huesos como a *madame* Marguerite, pero la mujer tendría unos años menos que el galeno, y era más alta que él.

La piel del doctor Pierre Loire mostraba manchas marrones, que delataban su senilidad. Su voz estaba como rota y, en ocasiones, resultaba difícil entenderle, mas no había abandonado los tonos casi paternales del médico de cabecera familiar, ya desaparecido de la sociedad masificada y tecnificada.

En torno a la mesa, eran seis personas, con los brazos cruzados ante el pecho.

Los ojos de *madame* Giraud se movían, inquietos, escrutando las sala en penumbra, un entorno que ya conocía, pues aquélla era su casa.

A su lado, *monsieur* Giraud mostraba el gesto cansado y sufrido de quien se dispone a aguantar lo que sea, con tal de que la esposa no le busque complicaciones ni problemas.

—Hagan lo que el doctor Loire les ha pedido —dijo ahora Marguerite—. Por favor, no digan nada durante la sesión. Si la estropean con una absurda intervención, el contacto, si es que tenemos la suerte de lograrlo, se perderá. Los muertos no soportan las burlas, y es muy difícil conectar con ellos. El doctor Loire ya se

lo habrá explicado.

—No tema, *madame*, estaremos callados —asintió *madame* Giraud.

Junto a *madame* Giraud estaba el médico y, al otro lado, ya junto a *madame* Marguerite, se sentaba otra mujer, hermana de *madame* Giraud y que, al enterarse de aquella sesión privada de espiritismo, había manifestado su deseo de no perdérsela.

Hortense Magenta era quien presidía la mesa. Estaba callada y sonreía fríamente, era como una mueca que mantenía constante en su rostro. El bastón, con mango de marfil, descansaba junto a la silla.

—Hortense, ¿estás dispuesta? —le preguntó su hermana.

—Sí.

—Bien, la sesión va a comenzar. Por favor, no interrumpa; mi hermana sufre mucho. Habrán oído hablar de muchas sesiones de espiritismo y de médiums, pero esto es diferente. Nosotros no hacemos circo ni teatro; lo que hacemos es conseguir el diálogo entre los vivos y los muertos.

—Por favor, *madame* Marguerite, no perdamos más tiempo. Estoy impaciente, muy impaciente —apremió la dueña de la casa.

—Concéntrense y es posible que pronto se cumplan sus deseos. Hortense…

—Sí.

—Cierra los ojos.

—Sí, pero cuida de mí, Marguerite, cuida de mí —pidió, haciendo desaparecer de su rostro la sonrisa, y dejando en su lugar una mueca de preocupación.

—No temas, Hortense, cuido de ti; eres mi hermana auténtica.

Pasó su huesuda mano por encima del dorso de la zurda de Hortense, y ésta, con los párpados cerrados, semejó tranquilizarse.

Daba la sensación de que se disponía a entrar en un quirófano; ponía su mejor voluntad, pero ello no excluía sentir miedo.

Marguerite tenía junto a su silla un gran bolso negro. De él sacó una extraña caja de madera, de ébano oscuro. La base, con una altura de unos quince centímetros, era circular.

La caja ascendía otros treinta centímetros, formando un paralelepípedo triangular. En cada una de sus tres caras verticales había grabados jeroglíficos, difíciles de comprender.

La pared circular de lo que constituía la base estaba tallada a su vez con bajorrelieves de una gran perfección. En sí misma, aquella caja debía constituir una joya. Parecía muy antigua; todos la miraron, mas nadie dijo nada.

Con gran ceremonia y cuidado, los largos y huesudos dedos de Marguerite Magenta cogieron aquel paralelepípedo triangular, y lo izaron hasta dejar al descubierto todo lo que ocultaba en su interior, y que quedaba sobre la base cilíndrica.

Dejó a un lado la tapa de madera, y todos observaron aquello tan extraño y macabro que Marguerite acababa de depositar sobre el centro de la mesa.

Había tres pequeños y delgados cirios, clavados en huecos apropiados. Eran como diminutos candelabros de una sola vela cada uno, y colocados de tal manera que la distancia entre ellas era idéntica, se mirase por donde se mirara.

Viendo aquellas velas, se comprendía por qué la caja estaba formada por tres paredes, pues cada uno de los ángulos de unión protegía una de las velas. Sin embargo, lo que atraía las miradas de todos no eran los tres cirios, si no lo que se hallaba en el centro de los mismos.

Allí había una figurita, un muñequita macabro y sobrecogedor. Su perfección era tal que, al mirarla, todos olvidaban que era una figura, una figura que representaba a la Muerte, con su capa negra, su rostro de calavera y la guadaña entre sus manos. No, nadie pudo tomársela a risa, ni el mismísimo *monsieur* Giraud, él que estaba escéptico desde un principio, y que había accedido a aquella reunión en su mansión, a causa de las reiteradas lágrimas y súplicas de su mujer.

Las cuencas vacías de aquella calavera semejaban observarles, y su boca parecía sonreír patéticamente, esperando su momento.

Marguerite lo hacía todo sin prisas. Sacó una caja de cerillas alargadas y con el palo pintado en rojo. Raspó uno de los fósforos, y la llamita se alzó, vivaz.

Prendió cada una de las velas, y luego apagó la cerilla con un movimiento de su mano. Cruzó sus brazos y cogió la mano de su vecina, la hermana de *madame* Giraud. Notó que la mujer había empezado a temblar.

—¿Y ahora qué? —Casi gruñó *monsieur* Giraud, algo nervioso.

Nadie respondió. De pronto, comenzaron a sonar notas musicales, y era imposible adivinar a qué pieza o partitura pertenecían. Lo que sí se podía decir es que resultaban inquietantes.

—Es una cajita de música —musitó, por lo bajo, la hermana de *madame* Giraud.

—Sí, es una caja de música muy macabra —asintió el dueño de la casa.

—Por favor, silencio —pidió Marguerite.

La musiquilla se fue haciendo más rápida e inquietante a la vez, pero no debía haber alcanzado su ritmo todavía, porque de súbito…

—¡Se mueve, la Muerte se mueve! —observó la hermana de *madame* Giraud, sin poderse contener.

—Cállate o vete —le dijo la dueña de la casa, muy nerviosa.

La figura de la Muerte, tras los primeros movimientos, casi indecisos, comenzó a evolucionar, al compás de la música. Danzaba de una forma monótona, como siguiendo unas guías ocultas bajo su capa, y manteniendo la guadaña en alto.

Giraba y giraba y, mientras lo hacía, parecía mirar a los que se hallaban en torno a la mesa, uno por uno, pues hasta semejaba detenerse ante cada rostro.

La figurita de la Muerte, que no tendría más allá de treinta centímetros, guadaña incluida, parecía llenar toda la estancia, y a los ojos de los presentes se agrandaba como si fuera enorme, danzando entre las velas encendidas, al son que marcaba la angustiosa y monótona musiquilla.

Madame Hortense había abierto los ojos, como atraída por las luces de los pequeños cirios, la música y la danza de la Muerte, que al moverse más rápidamente hacía oscilar la capa. No era una figura rígida; parecía tener vida propia.

—¡*Madame* la Mort, *madame* la Mort, *madame* la Mort…! Yo te suplico a ti, que tienes las llaves de la vida y la muerte, a ti, ante la cual todos nos hemos de rendir, a ti, que quitas la luz de las tinieblas… A ti, ante la cual todos nos hemos de rendir, a ti, que das luz y fuerza… A ti, *madame* Mort, que te llevas a unos en la vejez y a otros en la niñez, a ti, a la que todos temen…

Cada vez se hacía menos inteligible la voz de *madame* Hortense, y sus palabras se oían como fondo a la musiquilla que cada vez era más rápida, más frenética incluso.

De pronto, ante la sorpresa y el susto de todos, la figura de la Muerte bajó su guadaña y, dando una vuelta completa sobre el pedestal, cercenó los tres cirios, cuyas partes encendidas se apagaron al caer.

Todo quedó a oscuras, aunque en las retinas de los presentes todavía brillaban las tres diminutas llamitas.

Las manos de Hortense, crispadas sobre la mesa, comenzaron a moverse espasmódicamente, y de su garganta brotaron ruidos guturales, que apenas podían entenderse.

—¡Maurice, Maurice, tu madre te llama, Maurice, Maurice, tu madre te reclama…!

Se escuchó como el ulular de un viento lejano, que no podía venir de ninguna parte, y que tenía que hallarse dentro de la sala. Todo comenzó a crujir. Las maderas, el piso, las cortinas se movían, y una cristalería, dentro de una vitrina, empezó a vibrar.

Algo como una estirada nubecilla de humo luminosa y débil, que cambiaba de color, pasando del morado brillante al verde, flotó en horizontal por encima de las cabezas, como un etéreo reptil.

Aquello estremecía y sobrecogía a los reunidos, que oprimían con fuerza las respectivas manos de los que tenían a su lado. El extraño ulular venía de aquella casa informe y de color cambiante, con luz propia, aunque débil, que se paseaba por encima de ellos.

De pronto, la nubecilla alargada dejó de deslizarse por encima de las cabezas y, situándose en el centro, descendió en vertical justo donde debía de estar la extraña y macabra cajita musical.

La luz desapareció como engullida por la cajita, y entonces comenzó a sonar otra musiquilla, monótona, pero distinta a la anterior.

Marguerite tomó a raspar otro de los fósforos de palo rojo. Con su llamita prendió fuego a los tres restos de velas que quedaban, y la figurita que se hallaba en el centro del pedestal quedó iluminada.

Pero no era la misma. No era ya la representación tétrica y macabra de la muerte, si no la figura de un hombre joven, que se movía. Nadie reparó entonces en *madame* Hortense, que se hallaba con la cabeza sobre la mesa, oculta entre sus manos crispadas. Estaba derrumbada.

—¡Maurice, Maurice, es Maurice! —gritó *madame* Giraud.

—Estoy muerto, estoy muerto —repetía con voz gutural, una voz

que más que salir de la garganta de aquel hombrecillo semejaba estar en todo el ambiente.

—¡Maurice, Maurice, soy tu madre, tu madre! ¿Me oyes, me escuchas?

—Sí, mamá, sí, mamá… Estoy muerto, estoy muerto. ¿Por qué me llamas?

—Maurice, hijo, ¿estás bien, estás bien? —inquirió la madre, a punto de rompérsele la voz.

—Estoy muerto, estoy muerto. ¿Por qué me llamas? —repetía el extraño personaje hecho miniatura, y salido de las profundidades agnósticas de ultratumba.

—Maurice, Maurice, hijo, di, ¿cómo te mataron? ¡Explícalo, te lo suplico!

—No me mataron, madre, no me mataron —respondió la voz gutural y oscura—. Había bebido mucho, mucho. Yo llevaba el coche; hice subir a las chicas. Me reía y las hacía chillar de miedo. Quise jugar con el camión que veía venir, que veía venir… Dos luces grandes, muy grandes y muy altas. Yo estaba bebido y reía, sabía que era un camión. Tocó el claxon, yo lo oí y me puse en su carril. Pisé el acelerador… Las chicas gritaron de terror. Yo me reí; quise salir del carril, pero ya fue tarde, tarde…

Madame Giraud comenzó a gritar histéricamente, perdido el control de sus nervios, mientras la figura del joven quedaba envuelta por un fuego rojo, que semejaba brotar del interior del pedestal.

Madame Marguerite volvió a cubrir la caja musical, y luego la guardó completa en el interior de su bolso.

—Doctor, haga algo por mi esposa —pidió *monsieur* Giraud, empapado en un sudor frío.

—No tema, se le pasará. Quería saber la verdad, y ya la conoce.

—¿Por qué han tenido que contarle esa historia? Todo esto es una patraña, una patraña…

Minutos más tarde, *madame* Marguerite ayudaba a su hermana a subir al automóvil color gris oscuro.

Luego subió ella, y aguardaron a que el doctor Pierre Loire saliera de la mansión, acercándoseles.

—Uf, siempre piden y piden. Dicen que lo soportarán y luego, el espectáculo.

—Doctor Loire, tenemos prisa —le dijo Marguerite, mientras Hortense quedaba apoyada contra el respaldo, con un aspecto muy agotado.

—Sí, sí, claro.

El médico separó unos cuantos billetes de un fajo, que luego guardó en otro bolsillo y los entregó a Marguerite.

—Es lo convenido.

La mujer tomó el dinero sin contarlo, introduciéndolo en el bolso negro, donde guardaba la extraña caja.

—Es posible que un día de éstos necesitemos sus servicios para certificar una muerte.

El doctor Loire sonrió fríamente.

—Saben que pueden contar conmigo. Soy el médico de las hermanas Magenta, y me ocupo de los problemas sanitarios de la pensión Lachaise.

El propio doctor cerró la puerta del auto, y *madame* Marguerite ordenó al chófer:

—Michel, en marcha. Es tarde, y Hortense está muy cansada. —Suspiró, y agregó en tono bajo—: Aunque esto son niñerías para lo que podemos conseguir.

—Seguro que lo conseguirán, seguro —repuso el chófer, mirándolas por el espejo retrovisor.

Michel no era otro que el impecable y frío hombre de la funeraria. Su cráneo desnudo, sus gafas con cristales montados al aire, su aspecto de burócrata de la muerte, eran inconfundibles.

El automóvil arrancó, alejándose de la mansión Giraud.

CAPÍTULO IV

EL vigilante de la puerta oeste del cementerio Pére Lachaise, les ofreció un mapa del cementerio con sus calles, sus numeraciones y los puntos donde se hallaban las tumbas de los famosos como Chopin, Balzac, Edith Piaf o el inventor de la telegrafía sin hilos.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Jean.

—Nada, lo que quiera —respondió el vigilante, un hombre más bien pequeño y delgado, acostumbrado a atender a los turistas que caían por aquel cementerio, en busca de la tumba de alguno de los famosos para colocarle unas flores como recuerdo, o simplemente llevarse alguna de las que ya tenía en la tumba.

Jean le puso un franco en la mano, y el vigilante dio las gracias, haciendo ademán de introducirse en su caseta.

—Un momento, por favor.

—Usted dirá, *monsieur*.

—¿En este cementerio se cometen atropellos?

—¿Atropellos? —Se rascó el cogote por detrás de la gorra, estilo gendarme—. Pues hace tiempo que ningún coche de los que circulan por el cinturón del cementerio atropella a nadie. La verdad es que circulan despacio; éste es un lugar tranquilo.

—No, no me refiero a eso, sino a profanar alguna tumba o algo por el estilo.

—¿Por qué pregunta eso?

—Verá, estoy escribiendo unas cosas, y quería saber de la paz y tranquilidad del más importante cementerio de París, el que guarda los restos de los personajes más famosos, dejando aparte los Inválidos y el recuerdo a los deportados.

—Sí, sí, claro. Pues, ahora que lo dice, algunas veces rompen búcaros de esos que sirven para poner flores. La gente se molesta; yo creo que son niños, y lo hacen sin mala intención.

Jean le puso un billete de diez francos en la mano, delante de

Silvy, Marie y Gilbert. El vigilante se lo quedó mirando y preguntó:

—¿Qué significa esto, *monsieur*?

—Nada, sólo deseo darle las gracias.

—¿Por qué, *monsieur*? Antes, ya me ha dado un franco —puntualizó el vigilante, muy digno.

—Verá, yo quería preguntarle si se ha encontrado alguna tumba abierta.

—Que yo sepa, nadie se ha llevado ningún hueso de aquí, *monsieur*; de modo que no tiene por qué darme las gracias tan generosamente.

Le devolvió el billete. Jean se encogió de hombros, y los cuatro se internaron en el cementerio, seguidos por la mirada inquisitiva del vigilante.

—Te has equivocado con él, Jean —le dijo Silvy.

—Eso parece, pero si nada ha salido publicado en los periódicos, ¿quién mejor que él para contamos algo?

—¿Qué diablos hacemos en este maldito cementerio? ¿Es que no tenemos bastante con verlo desde la ventana de la habitación? —masculló Gilbert.

—¿Qué esperas encontrar aquí dentro? —le preguntó Marie.

Jean, sin detenerse, respondió:

—No lo sé, pero tengo la intuición de que este cementerio tiene algo que ver con lo que nos sucedió.

—¿Por qué? —insistió Marie.

—Simplemente, porque desde las ventanas de la pensión se divisa este cementerio. —Gilbert, dile lo que encontraste.

—Hum, no sé si tiene importancia.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Jean, deteniéndose y encarándose con Gilbert.

—Bueno, como te interesa tanto… La verdad es que esas viejas se las dan de tiesas, severas y estrictas, y son un par de guarras. No limpian nada o casi nada.

—Vamos, suelta la boca, y no le des tanto rodeo —apremió Jean.

—Se trata de una hoja de periódico. Estaba arrugada, hecha una pelota.

—A ver…

—La he tirado.

—¿La has tirado? ¿Y qué había en ella, que te ha podido llamar la atención?

—Una esquela mortuoria —dijo Marie.

—¿Una esquela mortuoria?

Esta vez, quien respondió fue Gilbert:

—Se publican muchas esquelas mortuorias; la cosa no habría tenido importancia, de no estar remarcada en rojo, con un rotulador.

—Podías habérmelo dicho antes, ¿no?

—Sí, pero a mí todo esto ya me está cansando. Tú y yo dormimos en la misma habitación, y las chicas, también en una… ¿Por qué no cambiamos?

—No tan aprisa, Gilbert. ¿Acaso no cuentas con lo que yo pueda decir? —puntualizó Marie.

—Suponía que estabas de acuerdo.

—No creas tanto y pregunta más —repuso Marie, cortando alas a sus deseos—. ¿Y el nombre del muerto?

—Creo que era Jéróme Sebolix.

—¿Y lo han sepultado aquí?

—No, de ése sí que no vas a averiguar nada. Lo incineraron; he preguntado por teléfono a la funeraria, y me lo han confirmado. La verdad es que el tipo de la funeraria se interesaba por saber si era pariente suyo, por el asunto de las cenizas, pero yo le he colgado. Sólo me faltaría eso, llevarme un montón de cenizas, de un muerto al que ni siquiera conozco.

El ambiente se estaba cargando. Silvy quiso romperlo, proponiendo:

—¿Qué os parece si nos vamos a mover el esqueleto un rato?

—Hum, parece que Marie se está cansando de mí —gruñó Gilbert.

—No es eso, no te pongas pesado, es que sólo piensas en una cosa. Desde que salimos juntos, me estás proponiendo lo mismo.

—Como os conocisteis en Versalles, viendo la cama de María Antonieta —se rió Silvy.

—¿Cama? Sí, sí… —rezongó Gilbert.

—Vamos, no desesperes. A las mujeres no les gustan los hombres perdedores.

—No sé lo que le gusta a ella, la verdad. Se sintió fascinada al

descubrir con el catalejo el momento en que llevaban un muerto por este cementerio… La mar de divertido.

—Si quieres entretenerte con otra, puedes ir buscando. No te van a faltar amiguitas, si les explicas que tus padres tienen muchas vacas y que hacen muuuu. ¡Ah!; diles que la leche se transforma en francos; eso es lo que más les interesa a muchas.

—¿A ti también?

—No será porque te haya hecho gastar tu dinero en mí. Además, tus padres son unos tacaños.

—En eso tengo que darte la razón.

—Es mejor que vayamos a bailar un poco —insistió la rubia Silvy—. Marchémonos de aquí, desintoxiquémonos un poco. Sólo hay lápidas y esos minipanteones para un ataúd que parecen diminutas capillas. Vamos a divertimos un poco, y se nos pasará esa irritabilidad que nos ha caído encima.

—Silvy tiene razón, debemos desintoxicarnos un poco. Tiempo tendremos para seguir investigando. La verdad es que vemos tumbas a montones, unas pegadas a las otras, tumbas antiguas, la mayoría con prestigio y unas pocas reformadas, pero sería imposible averiguar si una de ellas ha sido profanada para sacar los restos de su interior.

—A los veterinarios nunca se nos ha acusado de robar cadáveres humanos en los cementerios, pero como se enteren de que eres estudiante de Medicina, y andas husmeando entre las tumbas, te van a tomar por el doctor Frankenstein, y puede que vayan a la pensión a ver si tienes la maleta llena de huesos robados.

Fueron a una discoteca, a la que solían acudir muchos estudiantes de París y de otros países que se hallaban en la Ville Lumiére, de turismo o en visita cultural.

El lugar no era caro, y se movían en completa libertad, dentro de una auténtica Babel de idiomas. La luz, cuando no era paupérrima en rojo o azul resultaba cambiante y psicodélica, al son que marcaba la trepidante música que solía ponerse en el pinchadiscos, cuando ya hacía demasiado rato que todo resultaba lento y amodorrante.

—¿De verdad crees que vas a encontrar algo interesante y misterioso en la pensión de las viejas? —inquirió Silvy casi en la oreja de Jean, para que éste pudiera oírla mientras bailaban.

—Sí, estoy convencido. No sé cuándo, pero creo que allí ocurre algo desconcertante. ¿Acaso has olvidado lo que presenciamos?

—En ocasiones, pienso que fue una pesadilla.

—No fue una pesadilla; estábamos juntos, y Marie y Gilbert, desde el interior del coche, también lo vieron.

—¿No estaríamos borrachos los cuatro?

—A mí me cuesta creer en esas historias terroríficas y macabras, pero tengo que admitir que presencié aquella rápida descomposición; claro que si tú no me lo aseguras también, acabaría pensando que se trata de un mal sueño.

—Aún no estoy segura de que no se trate de una broma, una broma macabra, pero broma, al fin y al cabo.

—Yo opino que no es una broma. En revistas, libros, conferencias, hasta en los periódicos, se explican casos indescifrables, que la ciencia se niega a admitir.

—Tú, al licenciarte como médico, serás un científico.

—Sí, pero no quiero ser como los inmovilistas de antes. Quiero ver y saber. Quizá pierda el tiempo en la pensión Lachaise, y no descubramos nada pero no está de más intentarlo. Después de todo será una experiencia.

—Sí será una experiencia —asintió Silvy volcando su cabeza contra el pecho varonil y dejándose llevar por los compases musicales.

Poco más tarde, Jean se vio obligado a bailar con Marie. Ella le sacó a la pista, tirando de su mano.

Ya bailando, se amoldó a él. Supo acoplarse a la perfección para que ambos se notaran físicamente.

—Gilbert es un tonto —se quejó ella por lo bajo, mirando hacia arriba sin apartar la cabeza.

Sólo veía la espesa y cobriza barba de Jean, que bailaba sin demasiado entusiasmo. Aunque Marie no tenía la altura y flexibilidad de Silvy, sus formas eran acusadas. Lo cierto era que se le notaba que no era hija de París.

—Si no te gusta, búscate otro amiguito.

—¿A ti te gusta Silvy?

—Sí, me gusta mucho.

—¿En todas sus vertientes?

—¿Te ha pedido ella que me sometas a este tercer grado? —

preguntó Jean, jocoso.

—En ocasiones, las mujeres nos ayudamos.

—¿A caer?

—Algo de eso hay —admitió Marie, frotando su mejilla contra el pecho masculino, como una felina buscando caricias—. Jean, hay hombres que son polígamos.

—Pienso que, más o menos, y en el fondo, todos lo somos.

—Pues yo no soy una mujer celosa.

—¿Lo sabe Gilbert?

—Olvídate de él. Quiero decir que, si algo me gusta mucho, no me importa demasiado compartirlo; no soy de los de «todo o nada». ¿Me explico?

—Creo que sí.

—Gilbert es un plomo, que siempre está pensando en lo mismo, pero tendremos que aguantarlo para poder seguir juntos.

—Despacio, Marie, despacio. Yo, por ahora, tengo mis problemas cubiertos.

—¿Sólo con Silvy?

—Con Silvy, con mis estudios y con mis *hobbys*, como ese de averiguar qué es lo que ocurre en la pensión Lachaise. No quieras complicarme más la vida.

—Eres un tonto. Yo podría darte mucho, es decir, todo, a cambio de muy poco, y Gilbert no tiene por qué enterarse.

—¿Por qué me ofreces a mí, tan generosamente, lo que le niegas a Gilbert, que anda desesperado, subiéndose por las paredes?

—Tú eres diferente, Jean, muy diferente. La verdad es que acepté la amistad de Gilbert para estar cerca de ti. Como ya tenías tu compañía cubierta con Silvy, no me quedó otro remedio que aguantar a Gilbert.

—No me gusta esta situación, Marie. Si Gilbert no te agrada, déjalo en paz, y no me pidas que lo traicione; no sería ético.

—Creí que eras un hombre de *free-love*, y ahora me sales con escrúpulos de conciencia.

—Soy un hombre de *free-love*, pero no me gusta que me dirijan ni que se me impongan; y en el *free-love*

no va incluido hacerle una faena a un amigo. Ahora, Marie, esta pieza ha terminado.

—Eres más arisco de lo que pensaba, pero no te creas que me doy por vencida. Me gustas.

—Es un problema tuyo, y no mío.

—¿Se lo contarás a Gilbert?

—No —respondió, mientras se dirigían a la mesa, donde aguardaban sus compañeros—. Y no digas más tonterías, pueden oírte, y sería una pena que todos nos enfadáramos.

—No temas. Ya ves cómo te sonrío, todo es normal. Fíjate… —Adelantándose hacia Gilbert, lo besó en los labios y exclamó—: Chico, al lado de Jean, bailando eres un ángel.

Gilbert no supo qué responder. Cogió a la chica por la cintura, y quiso proseguir la caricia, mientras Jean suspiraba y Silvy enarcaba las cejas, mirándolo, interrogante.

Mientras, las hermanas Magenta aguardaban pacientemente el regreso de los cuatro jóvenes a la pensión. Parecían no tener prisa, y acondicionaban su salida con mucho mimo y ceremonia.

—¿Qué, nos vamos ya de aquí? —preguntó Gilbert, sin soltar a Marie que, de pronto, se mostraba muy cariñosa con su pareja, aunque sonreía mucho a Jean.

—Sí, vámonos ya —dijo Silvy.

Todos abandonaron las luces psicodélicas y el estruendo de la discoteca.

CAPÍTULO V

—NO solemos hacer estas concesiones con todos nuestros huéspedes. ¿No es cierto, Hortense?

Hortense Magenta, apoyada en su bastón de bambú con empuñadura de marfil, avanzó, llevando en la otra mano una botella.

—No todos los huéspedes son jóvenes, llenos de vida como ustedes. La verdad es que nos hacía falta un poco de juventud en la pensión Lachaise.

—¿Y van a decorarla un poco o por lo menos a adecentarla?

—Gilbert, por favor, te estás pasando —le susurró Marie.

—Lo cierto es que para decorar mejor la pensión, sería necesario cobrar más a los huéspedes, y nosotras preferimos que los poco pudientes puedan tener un techo y una cama donde cobijarse.

Pasó una bandeja con pastitas. Gilbert tomó una de ellas y, antes de llevársela a los dientes, la olfateó, como buscando algo.

—Tonto —le dijo Silvy.

—Ustedes nos disculparán, pero no sabemos qué ofrecerles para que queden contentos. Tienen zarzaparrilla, ajenjo, pastas, café, bollitos que Hortense hace con sus propias manos…

—Yo, yo no tengo mucha hambre —advirtió Gilbert.

—Pues están muy ricos —opinó Marie—. ¿No te gustan los bollitos bien redondeados y sabrosos, Jean?

Acercándose al joven de la barba, le puso uno entre los labios, coquetamente.

—Coman, coman. No es una cena, por supuesto. Ya saben que aquí no servimos comidas, pero también deseamos ser atentas con quienes lo merecen. Ah, y ya tienen habitaciones separadas los cuatro.

—No me diga —exclamó Gilbert.

—Sí, cuatro habitaciones. La verdad es que unos huéspedes que

teníamos se han marchado, y ahora casi quedamos en familia, mientras no lleguen dos familias que nos han contratado las habitaciones por carta. Cada año vienen por estas fechas.

—¿Y qué fechas son? —preguntó Marie.

—Para nosotros no son importantes, pero parece ser que para esas familias de Narbonne, sí lo son. Beban, beban —invitó *madame* Hortense, pasando de uno a otro con su botella.

Los licores, la zarzaparrilla y el café no eran de la mejor calidad, pero los jóvenes tampoco tenían excesivos remilgos y, ante el interés de las dos ancianas por portarse bien, aceptaron tomar de todo aquello.

—¿Y qué es lo que estudian?

—Este estudia para curar caniches —dijo Marie, señalando a Gilbert.

—Vacas, vacas y no caniches. Hay ya demasiados veterinarios repipis en París, que se disputan a los indefensos caniches… Yo curaré vacas hasta que me revienten los cuernos, y entonces, ya veremos.

—¿Y usted, las jóvenes de ahora, también son estudiantes? —preguntó *madame* Hortense.

—Yo estudio Biológicas —indicó Silvy.

—¿Biológicas, y qué es eso?

—Por favor, Hortense —la atajó Marguerite—. No hagas demasiadas preguntas, nos van a tomar por ignorantes.

—Biológicas, es…

—Anda, Silvy, no las marees —rezongó Gilbert.

—Yo estudio Sociología —aclaró Mane, por su parte, entonces.

—¿Sociología, y eso es importante? —preguntó de nuevo *madame* Hortense—. ¿Estudia en la Universidad? —inquirió Marguerite, con el mentón muy altivo.

—Claro.

—Ya lo oyes, hermana, para que veas lo que nos hemos perdido. Las chicas de ahora estudian carreras que nosotras no sabemos ni lo que son. Por cierto, el joven de la barba es el único que no ha dicho qué estudia.

—Medicina —puntualizó Marie—. Seguro que sí saben lo que es eso.

—Naturalmente.

—Pero no vayan a pensar, a él le da por estudiar a los locos —dijo Gilbert sarcástico.

Continuaron charlando un buen rato y luego, todos comenzaron a sentirse pesados.

Silvy fue la primera en decir:

—Creo que ya tengo deseos de ir a la cama, he andado mucho hoy.

—Pues sigamos. Hemos separado las maletas con el permiso de ustedes, y hemos distribuido las habitaciones de forma que puedan estar mejor.

—Yo me quedo aquí —dijo *madame* Hortense—. Lo cierto es que mi pierna mala no me ayuda mucho a subir escaleras. Una se hace vieja, los años… Ah, quién tuviera su juventud.

Marguerite Magenta encendió aquellas amarillentas bombillas que apenas despedían luz, y que mal iluminaban la escalera a la que daban habitaciones y retretes. Sólo en la planta baja había una ducha para toda la casa. Aquel lugar no era un prodigio de saneamiento.

—Las dos jóvenes tendrán las habitaciones del tercer piso. Usted, Gilbert, esa que da a la calle —indicó Marguerite.

—Vaya, por lo visto, no me voy a escapar del espectáculo del cementerio. Por cierto, ¿no estábamos antes nosotros en el cuarto piso, y las chicas en el tercero?

—Sí, pero hemos creído que estarían mejor así. Nos hemos tomado la molestia de cambiar de sitio sus maletas.

—¿Y cómo sabían cuáles eran las maletas de cada uno? —preguntó Silvy.

—Esperamos no habernos equivocado.

Jean inquirió:

—¿Mi habitación es esa que hay a la derecha?

—Sí —ratificó *madame* Marguerite.

—¿Mi habitación estará arriba? —preguntó Silvy.

—Sí, justo encima de la del joven Jean. La de *mademoiselle* Marie queda encima del joven Gilbert.

Las cuatro habitaciones habían quedado repartidas. Silvy y Marie subieron al cuarto piso y, al quedar en la escalera Jean y Gilbert, éste pidió a su amigo:

—Oye, tú que estás tan interesado en ese cementerio, ¿no

preferirías la habitación que me han asignado a mí?

—¿Te molesta tener una ventana que da al cementerio? —preguntó Jean, algo socarrón.

—La verdad, aunque sea más nauseabunda, prefiero que mi ventana dé a un patio de luces que, al asomarme, ver sólo tumbas.

—De acuerdo, te cambio la habitación.

—Gracias. Sabía que te agradaría ver a los muertos con tu catalejo. Siempre he pensado que los que estudiáis Medicina sois unos morbosos.

—¿Y los de veterinaria qué?

—Sólo estudiamos animalitos, no es tan macabro. Nadie sueña con que una vaca regrese del matadero para tomar venganza o meter miedo a la gente. Sólo pensamos que los restos humanos son los que se levantan de sus tumbas para fastidiar; por lo menos, es lo que dicen.

—¿Y lo que tú crees?

—¿Que yo creo que los muertos se levantan de sus tumbas, por la noche? ¿Estás loco, Jean?

—¿Loco? ¿Entonces, por qué me pides cambiar de cuarto? Si tienes miedo, es por algo, digo yo.

—No te pases de listo, que todavía no te han dado el título de psiquiatría.

Esperaron a que *madame* Marguerite descendiera de nuevo a la planta para cambiar de dormitorio, y que la vieja no lo notara.

—Tengo un dolor de cabeza horrible, me siento pesadísimo, y los párpados se me pegan.

—A mí me pasa igual. En la discoteca, el ambiente debía estar muy cargado —opinó Jean.

—Bueno, vámonos a dormir.

—Sí, seguro que mañana nos encontramos mejor.

Jean se sentía pesado, con jaqueca.

Se tumbó en la cama, y escuchó pasos en el piso superior; eran los pasos de Marie.

Pensó en ella y en Gilbert.

Marie ya le había dejado bien claro que no estaba interesada por Gilbert, y que, si seguía junto a éste, era porque así tenía ocasión de estar cerca de Jean que, por el momento, tenía a Silvy como compañera.

Su cabeza comenzó a tejer fantasías. No era ningún niño que aún desconociera el amor espiritual y tampoco el amor físico intenso.

Había caminado mucho en la vida, pese a ser joven, todavía un estudiante, que proyectaba su futuro profesional en una disciplina que le apasionaba, y de la que estaba seguro que se saldría un poco al margen para interesarse por todos los fenómenos extraños, metafísicos y parapsicológicos, eludiendo caer en la medicina ortodoxa.

Pese a que interiormente ya era un hombre hecho, la fantasía comenzó a hacerlo tambalear.

Marie no era como Silvy; era más rebuscada, algo más perversa y astuta. Sin que pudiera decirse que fuera una jovencita malvada, lo que deseaba, trataba de conseguirlo, por el camino que fuese.

Marie estaba muy bien, de cuerpo. No encajaba en la típica belleza griega ni en la belleza estilizada, delgada y elegante que poseía Silvy, aunque ésta tampoco carecía de redondeces, y sus pechos, sin ser opulentos, resultaban muy sugestivos, aun aprisionados dentro de un jersey.

Marie era más exuberante, inspiraba una sensualidad más primitiva, más de tomar y gozar, alejándose luego uno de ella sin problemas, cosa que no sucedía con Silvy.

Marie era la carne, pura y simplemente, y Jean, en aquellos momentos, se sentía extraño, muy extraño, como si estuviera drogado.

Marie se le había metido entre ceja y ceja, como algo muy erótico dentro de un mundo psicodélico, lleno de luces, como si la belleza desnuda y sensual de la joven estuviera dentro del más brillante, polícromo y cambiante de los caleidoscopios.

Jean no era un hombre dado a aquellas ensoñaciones eróticas, porque no estaba dormido; soñaba despierto.

—No, no, Marie, tú no…

Se levantó de la cama sobre la que se había tendido, boca arriba vestido. No encendió la luz, y notó a faltar agua en el lavamanos para poder remojar su cabeza y enfriársela.

La ventana estaba abierta, hacía fresco; sin embargo, él tenía calor. Del exterior llegaban los ruidos nocturnos, los coches que pasaban por el bulevar, rompiendo la paz de los muertos que descansaban al otro lado del muro cubierto de hiedra, unos muertos

que descansaban allí hacía siglos y que, en vida, jamás habrían podido imaginar lo que sucedería al otro lado de la pared del cementerio.

Jean miró hacia el techo. Sacudió la cabeza, y terminó por abandonar la estancia. Salió a la escalera, y cerró con cuidado para no hacer ruido.

Caminó sobre el suelo, cubierto con una alfombra vieja y ajada, casi carcomida, como el piso de madera que ocultaba.

Subió los escalones de puntillas, despacio, de dos en dos; así se ahorró la mitad de los peldaños que podían crujir bajo su peso.

Cuando llegó al último piso de la pensión Lachaise, pues en un rincón ya sólo quedaba una puerta angosta, que daba a una escalera de caracol oculta que conducía al desván, Jean observó las puertas.

No quería equivocarse, aunque no estaba muy seguro, pues todo se hallaba en penumbra. Sólo una tenue luz amarillenta ascendía desde el fondo de la escalera.

Se sentía torpón y en su retina brillaban luces que no existían en realidad.

Seguía pensando que el ambiente de la discoteca le había afectado, por alguna causa que ignoraba. Él no era ningún adicto a las drogas; las rechazaba por adelantado y sin paliativos; no obstante, sabía que algunos indeseables «sembraban» la droga, sin previa advertencia, en lugares adecuados para provocar adictos, futuros compradores.

Y Jean no estaba libre de caer en una de aquellas miserables trampas.

Las puertas eran todas iguales, y no cerraban bien. Las cerraduras, con más años que las propietarias de la pensión, no cumplían con la misión para la que habían sido diseñadas y, por si faltara poco, la mayoría de aquellas alcobas carecían de cerrojos interiores y, las que lo tenían, estaban con los tomillos saltados, de modo que, a menos que uno pusiera un pestillo de seguridad por su cuenta, corría el riesgo de ser molestado, a mitad de su sueño.

Empujó la hoja de madera, y ésta cedió.

La alcoba estaba a oscuras, y olía a humedad y también a ser humano, a mujer. Había algo cálido, que mitigaba la sensación de que la estancia pudiera estar vacía.

—¿Quién, quién es? —preguntó la voz femenina.

—Silvy, soy yo, Jean.

—¿Qué quieres? —inquirió la joven, con voz somnolienta.

Jean entró en la alcoba, y cerró tras sí.

Anduvo despacio, tanteando con las manos. Encontró los barrotes de la cama, y después notó el cuerpo cálido de la joven, el cabello suave.

Como si lo hubiera estado ensayando toda su vida, sus labios encontraron los femeninos, y la besó suave y largamente.

—No, Jean, no —protestó ella, sin fuerzas.

Tenía la cabeza muy pesada, y ni siquiera abría los ojos. Sus párpados parecían losas de plomo, y no sabía si estaba inmersa en el primer sueño de la noche o Jean, al que trataba de rechazar, la estaba besando realmente en la boca.

—Silvy, Silvy, me pasa algo raro, ayúdame.

—Ayúdame tú a mí, Jean, ayúdame tú a mí, y no sigas, no sigas, no sigas… —decía cada vez con menos fuerza, mientras su voz se debilitaba, haciéndose casi como un sonido de respiración, que a su vez se hacía más sonora e intensa.

Mientras, furtivamente, en la noche de un París, que comenzaba a charolarse bajo la fina lluvia, una figura alta, negra y huesuda, una figura que ocultaba su rostro, salió de la pensión.

Cruzó la calzada, pasó al centro del paseo, y atravesó la segunda calzada.

Pasó por delante de la tiendecita de flores, cerrada y silenciosa. No se veía a nadie en la calle; sólo algún automóvil que, de vez en cuando, cruzaba raudo sobre el asfalto húmedo y brillante.

La figura se acercó a la puerta de hierro del cementerio, pintada de negro.

La mano huesuda sacó una gran llave, que hizo girar en la cerradura. Se produjo un doble chasquido.

La mano sujetó la puerta, comprobó que cedía, que estaba abierta, y, retirando la llave, se alejó rápidamente, mirando a derecha e izquierda, como temerosa de que su presencia fuera descubierta. Tenía el mismo temor que podían haber sufrido los ya legendarios ladrones de cadáveres.

CAPÍTULO VI

MARIE se había amodorrado sobre la cama, sin preocuparse de desvestirse por completo, pues sólo se había quitado los pantalones, manteniendo su cuerpo cubierto con una blusa de tela recia.

Se sentía sudada y muy cansada, con jaqueca; le dolían hasta los ojos.

Se daba cuenta de que había pasado como una primera fase de sueño, y en él había tenido ensoñaciones eróticas, pero no recordaba nada con claridad. Era como si le hubiera llenado el cráneo de algodones, metiéndoselos por las orejas. Y tantos y tantos debían haberle puesto, que había aumentado la presión de su cabeza y, por ello, le dolían los ojos y las sienes.

Tenía el paladar seco, rasposo, con un sabor que le producía náuseas.

Hubiera deseado beber algo refrescante, pero se acordó de que estaba en el cuarto piso de la pensión Lachaise.

Abrió la ventana de par en par, y frente a ella quedó la masa oscura del cementerio, bajo un cielo encapotado, que dejaba caer una fina lluvia.

Resultaba curioso, pero, pese al cielo cubierto, había una leve claridad, posiblemente producida por un espléndido plenilunio, cuya luz traspasaba las nubes que ocultaban la megápolis que era París.

La lluvia que caía sobre los techos, el asfalto y los jardines de París; aquella fina lluvia que humedecía las vigas y los tomillos de la Torre Eiffel y ensuciaba los cristales de la *Tour Noire*, era tan imperceptible que, a simple vista, no se veía.

Sobre la mesita que había en la habitación estaba el catalejo metido en su funda, ocupando un cilindro de cuero de apenas treinta centímetros de largo.

Marie no estaba muy segura de que su cabeza funcionase bien.

Atrás habían quedado los sueños eróticos, a los que no sabía qué explicación dar, a menos que en la discoteca se hubiera concentrado obsesivamente en Jean, pues ella y Jean habían sido el eje de todos los sueños que ahora no sabía cómo concretar.

Sentía desazón, una angustia inexplicable.

Mecánicamente, abrió la funda del catalejo, y estiró las piezas, acopladas una dentro de la otra en forma telescópica. Todos los cilindros que componían el catalejo quedaron desdoblados.

El catalejo tenía una potencia considerable. Miró a través del mismo, enfocando el cementerio que quedaba frente a sus ojos, pues la ventana que correspondía a su habitación se hallaba muy por encima de la altura máxima del muro recubierto de hiedra.

La lluvia era tan fina, que no impedía ver con el catalejo.

La diferencia de visión entre el día y la noche era muy grande, pero podía ver las calles y las tumbas, cuyas piedras eran blancas. Las negras se confundían entre las sombras, y en el cementerio de Pére Lachaise abundaban los minipanteones de color oscuro negruzco, que se pegaban unos a otros, lo mismo que los apartamentos de la gran ciudad.

Si resultaba difícil vivir por falta de espacio, allí también era difícil descansar en paz. Las sepulturas se hallaban pegadas unas a otras; entre muchas de ellas apenas podría deslizarse el cuerpo de un gato.

No supo por qué experimentaba aquel deseo casi morboso de escrutar el cementerio en la noche, con el intrusivo catalejo, como lo haría una mente retorcida buscando a través de los cristales de aumento una ventana sin cortinajes para descubrir las intimidades de alguien que se creyera en la soledad de su apartamento.

Parecía como si Marie tratara de entrometerse en la paz del cementerio con el potente catalejo de Jean, con el que, a la luz del día, podían hasta leerse las inscripciones de las tumbas desde las habitaciones de la pensión.

De pronto, tuvo la impresión de que algo se movía, de que había algo que se salía de lo normal Obsesionada y angustiada a la vez, centró y graduó al máximo el catalejo hasta detenerlo en uno de los minipanteones que podían ser familiares si se utilizaba el subsuelo, o bien para una sola tumba.

La puertecita de aquella especie de diminuta capilla, donde

como máximo cabía un ataúd a lo largo y un ser humano de pie casi tocaría el techo construido en dos planos inclinados para escupir las lluvias y las nieves, estaba enrejada hasta su mitad y por ella aparecieron unas manos.

Marie sacudió la cabeza y volvió a mirar con atención, como si la vista y el atontamiento que tenía, producto de la extraña modorra, le jugara una mala pasada.

Más, al mirar de nuevo, comprobó que aquellas manos de aspecto negruzco y repugnante sacudían con fuerza la verja que cerraba el pequeño panteón.

Forcejearon durante unos segundos hasta que, finalmente, la puerta cedió, abriéndose hacia afuera.

Bruscamente, Marie sintió todo el frío de la noche en su cuerpo. Era un frío que calaba hasta los huesos; sin embargo, no conseguía apartar su ojo del catalejo con el que observaba aquel hecho insólito, del que todavía no estaba muy segura.

Alguien, encerrado en aquella tumba, había forcejeado por salir, y lo había hecho con tanta fuerza, que la cerradura de la verja había terminado cediendo.

Lo primero que apareció fueron unas manos, las mismas que viera antes. Después, de la tumba salió un ser humano, si es que así se podía llamar.

Era un ser alto, de aspecto horrible, todo lo horrible que podía ser un muerto con meses encima, evadido de su sepultura y puesto en pie. Estaba medio corrompido, estremecía y repugnaba.

Su boca no podía cerrarse porque los labios habían desaparecido y los dientes quedaban al descubierto.

Las ropas habían sufrido también el proceso de degradación junto con el cadáver y eran ya harapos semidescompuestos.

Aquel ser, que en vida podía haber sido muy honesto y distinguido, ahora hacía estremecer a Marie, que no comprendía lo que estaba viendo. Sentía deseos de gritar, pero ni siquiera abría la boca porque tenía la seguridad de que ningún sonido iba a salir por su garganta.

El cadáver que había abandonado su tumba, y no se podía pensar otra cosa, viéndolo descender por una de las calles interiores del cementerio, en la división 62, caminaba torpemente, como si fuera a caer de un instante a otro.

Sus brazos se balanceaban caídos a los costados del cuerpo, como incapaces de ayudarle a mantener el equilibrio.

La lluvia fina, casi invisible, comenzó a mojarle, empapando aquellos hediondos restos humanos que descendían por la calle del cementerio en dirección a la puerta, produciendo un terror en Marie que la mantenía como clavada en el piso de su habitación.

Aquel ser no tenía ojos y la piel de su rostro se había secado y cuarteado. El pelo canoso se había mojado, pegándose, haciéndolo más repelente si cabe.

La muchacha tenía las palmas de sus manos y el espinazo mojados, como si todo su cuerpo hubiera quedado expuesto a la tenue lluvia que empapaba el cadáver, aquel muerto que huía del cementerio en el que se le había recluido para que descansara en paz por los siglos de los siglos.

Más la paz había sido rota allí y, pavorosamente, un ser muerto volvía a la vida, si es que aquello era vida.

Marie comenzó a mover la cabeza y su visión, a través del catalejo, se estropeó. Acabó apartándolo de su ojo para mirar directamente. Había dejado de ver al muerto que escapaba de su tumba, pues había quedado por detrás del muro.

—No, no puede salir, no puede, no es lógico, no puede salir del cementerio. Es un muerto, esto no es una broma. No estoy dormida, drogada ni ebria… No, no puede ser que escape del cementerio —se repetía obsesivamente, como temiendo no poder soportar que el cadáver escapara de aquella especie de cárcel que significaba el cementerio de cuarenta y siete hectáreas, donde los muertos yacían casi tocándose los unos a los otros.

Resultaba pavoroso pensar que los muertos pudieran abandonar sus sepulcros e invadir el alegre, bullicioso y hermoso París. Millares y millares de cadáveres forzando sus tumbas, sus pequeñas celdas, para escapar y salir a la calle, pero ¿con qué fin?, se preguntaba Marie, que sólo deseaba que aquello no fuera realidad. Sí, tenía que estar viviendo una horrible pesadilla.

Con sus propios ojos, sin ayuda del catalejo, pudo ver cómo se abría la puerta de hierro del cementerio.

Aquel ser salido de la tumba, aquel ser que no pertenecía al mundo de los vivos, abandonó el recinto y salió al asfalto de París con su torpe caminar, calándose bajo la lluvia.

Cruzó la primera de las calzadas y subió al paseo central, cerca de un quiosco, donde se vendían revistas durante el día. Luego, siempre guiado por un instinto, pues no se le veían ojos en sus cuencas vacías, se dirigió a la otra calzada.

Marie se clavó las uñas en el rostro y el catalejo cayó al suelo. No hizo mucho ruido debido al enmoquetado del mismo.

—¡Viene hacia aquí, viene a la pensión Lachaise! —gimió.

Aquel cadáver viviente, que sin duda alguna avanzaba hacia la pensión, alzó la cabeza, y Marie tuvo la impresión de que la estaba mirando, que la había descubierto con sus cuencas vacías, como si tuviera la facultad de ver sin ojos, unos ojos que ya se habían descompuesto en el proceso lógico.

Marie no pudo soportar más y se echó hacia atrás, cerrando la ventana violentamente.

Oyó el ruido del motor de un automóvil pasando por el bulevar y que, de pronto, dio un fortísimo acelerón, aumentando la velocidad como si quisiera huir de algo que acababa de ver.

El ruido del motor del coche se perdió en la noche, y Marie quedó en el centro de la habitación con los puños cerrados y el rostro contraído, crispado, a punto de estallar.

Se contenía haciendo rechinar sus dientes. No, no podía gritar… El muerto debía estar abajo. No podía nacer ningún ruido, no podía porque sería como atraer a aquel ser que no pertenecía al mundo de los vivos.

Si la puerta de su habitación se abría y aparecía allí, frente a ella, no lo resistiría.

Quería aguantar, pero al fin no pudo más y se derrumbó sobre el piso, perdiendo el conocimiento, escapando a una realidad que la aterraba.

Si aquel ser de ultratumba subía por las escaleras, no quería saberlo. La pensión no tenía otro lugar por donde escapar. El cadáver había huido de su morada, como acudiendo a una llamada diabólica.

CAPÍTULO VII

MARIE tenía la impresión de hallarse inmersa en un mundo infernal, lleno de tinieblas, sombras rojas, verdes, quejidos, lamentos y aullidos, que no eran humanos.

Era un mundo satánico, mientras algo viscoso la sujetaba, la tenía como pegada a unas rocas sobre las que se deslizaban babosas e insectos que la torturaban, mientras el suelo abrasaba sus pies y la sed secaba su garganta.

Sentía como si le hubieran colocado un casco de acero articulado que la oprimiera, pretendiendo hacer estallar su cráneo en mil pedazos diferentes.

—¡No, no, auxilio, no!

—Marie, despierta, despierta —suplicaba una voz, mientras alguien sacudía su cuerpo, cogiéndolo por los hombros y la cabeza y le frotaba las mejillas.

Le puso agua en la boca, y Marie tosió. Despertó súbitamente, descubriendo el rostro amigo.

—¡Silvy, Silvy!

—Vamos, Marie, despierta. Estabas en una pesadilla.

—¿Una pesadilla?

Miró a Silvy, que le mantenía la cabeza levantada, sujetándosela entre las manos.

—Por lo visto te dormiste en el suelo y has tenido pesadillas horribles. Estabas quejándote mucho.

—Sí, sí, ahora recuerdo… Creo que yo estaba en el infierno.

—Me parece que no nos prueba vivir delante del cementerio —objetó el joven del cabello y la barba cobriza.

—¡Jean!

—¿Cómo te encuentras, Marie? Hemos venido porque no dabas señales de vida. Te hemos encontrado tendida en el suelo y sufriendo.

Marie se sentó sobre la moqueta. Tenía las piernas totalmente desnudas; no le importaba, ni siquiera pensó que a Jean podría gustarle contemplarlas, gozarlas con la mirada. Después de todo, ya las había visto por completo en anteriores ocasiones.

—Creo que tomé algo en la discoteca que no debió sentarme nada bien.

—A mí también me ocurrió algo parecido —dijo Silvy—. Quizá alguien metió droga en nuestras bebidas. Es mejor no volver por aquel lugar.

—Bueno, si te has recuperado ya… —dijo Jean.

Marie se levantó despacio. Silvy sostenía un vaso de agua a medio llenar; se lo cogió de la mano y se lo bebió con verdadera avidez delante de sus dos amigos. Cuando acabó, suspiró profundamente.

—Es como si hubiera hecho un mal «viaje», como esos que se describen en el libro de Pregúntaselo a Alicia.

—Jean, creo que es mejor terminar con esta especie de indagación que hemos iniciado al venir aquí.

—¿Es eso cierto, Jean? —preguntó Marie, mirándole intensamente a los ojos.

—Sí; por el bien de todos creo que es mejor.

—¿Y Gilbert qué opina de esto?

Silvy sonrió forzadamente para quitar tensión a la situación.

—Ya sabes cómo piensa, él también tiene ganas de marcharse de aquí. La verdad es que no tiene vocación de trotamundos o *clochard* ni de nada más que de vigilar vacas en la campiña. Quiere rebelarse, pero en el fondo sabe que su destino será curar las vacas de su padre y las de los vecinos de su padre. Y hasta puede que llegue a alcalde de alguna pequeña población ganadera. Lo que procura ahora es vivir el máximo de experiencias; así, cuando luego se aburra allá en su pueblo natal haciendo de veterinario o alcalde, podrá recordar los momentos de su juventud, sus días como estudiante en París. Son pocas obligaciones y el máximo de diversiones.

—Pues, por mí, acepto *ipso facto* marchar de esta sucia y maloliente pensión —dijo Marie, resuelta.

Miró hacia la ventana. El cielo ya no estaba encapotado y sobre el bulevar se proyectaba un sol suave y tibio que hacía ver las cosas

muy diferentes.

La joven no miraba hacia el bulevar Ménilmontant si no hacia el cementerio, al otro lado de la tapia cubierta por la espesa hiedra de hojas verde oscuro, muy brillantes gracias a la lluvia que las había lavado.

—Si está aquí mi catalejo, creí que se había perdido —dijo Jean, recogiéndolo del suelo.

—¡Déjame, déjame un momento! —pidió Marie, nerviosa, arrebatándole el catalejo de las manos.

—¿Qué te ocurre?

Silvy no obtuvo respuesta. Marie se colocó el catalejo frente al ojo izquierdo y miró hacia el cementerio.

—No te obsesiones con ese cementerio, Marie, no merece la pena.

A través de los lentes de aumento, Marie enfocó uno de los tantos y diminutos panteones que casi se pegaban a los que se hallaban a derecha e izquierda. Se parecía a los demás; era oscuro de rejas y le pareció descubrir algo especial.

—¡La verja de la puerta está abierta, está abierta! —exclamó de pronto, señalando con el índice de su diestra hacia el exterior.

—¿El qué está abierta? —preguntó Silvy.

—¡La puerta!

—Es lógico —dijo Jean—, ahora pueden entrar los visitantes.

—¡No me refiero a la puerta del cementerio si no a la de la tumba!

—¿Qué tonterías dices?

—¡No son tonterías, Silvy, es cierto! ¡Mira, mira allá y verás cómo está abierta!

Silvy, un tanto desconcertada, tomó el catalejo y miró hacia el cementerio. Estuvo buscando y buscando; al fin, dijo:

—Todas me parecen iguales. ¿A qué te refieres?

—¡A la que está abierta!

—No veo ninguna abierta.

Jean cogió el catalejo y lo cerró con actitud resuelta.

—Es mejor que no os obsesionéis.

—¡Está abierta! —insistió Marie.

—¿Y eso es importante? Hay tumbas cerradas, tumbas abiertas que esperan un nuevo difunto y tumbas que de puro viejas se abren

solas. Todo eso no es importante.

—¡Es que, es que…!

—¿Qué, Marie? —insistió Silvy.

Marie vaciló, ya no estaba segura de nada.

Por el momento, prefirió no hablar sobre lo que había creído ver, sobre aquel cadáver evadido de su celda, de su pequeño panteón. Si lo mencionaba, no iban a creerla; le dirían que se trataba de una pesadilla. Suspiró.

—Nada, nada, creo que he tenido muchos sueños malos. No me iría mal un duchazo.

—¿Un duchazo aquí? —preguntó Jean, dubitativo—. Me temo que abajo no vas a encontrar agua. Esta pensión necesita un fontanero como yo comer.

—¿Es que voy a tener que ir a unas duchas públicas?

—Podemos ir a la piscina del área deportiva universitaria —propuso Jean.

—Creo que es una buena idea. Si por lo menos viviéramos bajo el puente de las Artes, podríamos damos un chapuzón en el Sena sin que nos vieran los gendarmes. Antes no se podía hacer por lo sucio que bajaba el río, pero ahora el Sena está más limpio que esta pensión.

—Anda, ponte unos pantalones. Coge unos trapos, mételos en una bolsa, péinate y nos vamos los cuatro en el «escarabajo» a la piscina. Nos daremos un chapuzón a placer.

—Antes tomaremos algo de desayuno. No es que tenga hambre, pero siento náuseas y como no tome nada, luego será peor.

—Si hemos de desayunar, será mejor hacerlo fuera de la pensión, en cualquier *snack* —opinó Jean.

—Me apunto a la idea —aplaudió Silvy—. Me voy a tomar el doble de café, mantequilla especial, doble de mermelada y dos *croissants*.

—Hija, qué suerte tienes de no temer engordar —objetó Marie con una mueca.

—Es cierto, como lo que quiero y no engordo. Admito que es una suerte.

—Pues yo, a poco que me descuido, me cargo con algún kilo de más.

—Así estás de pechugona, como dicen los chicos de la

Universidad.

—Alguna compensación había de tener, digo yo. Lo cierto es que me miran mucho, ¿verdad, Jean?

—Dejad de parlotear y vámonos. Yo voy a ver a Gilbert.

—Este Jean parece más frío que un helado en enero —se quejó Marie, sin disimular su contrariedad.

—Pues yo no creo que sea tan frío.

Marie, que ya había visto a Jean desaparecer de la habitación, se volvió interesada hacia su amiga.

—¿Es que te ha dado pruebas palpables de que no es frío?

—Anda, Marie, tú preocúpate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

—Creí que éramos amigas.

—Amigas, sí, pero hay cosas que no se comparten o, por lo menos, yo pienso que no debo compartirlas; son mis intimidades. Nunca aceptaré esa vida de comuna *hippy* totalitaria donde todos y todo es de todos y para todos.

—Vaya, así que en el fondo resulta que eres una burguesita.

—La burguesía, como se entendía antes, la rechazo como tú y como cualquiera que tenga dos dedos de frente y no se haya vendido al vil metal; pero la nueva burguesía tiene algunas cosas buenas entre muchas malas, por supuesto. Y dime, ¿qué hay mejor para suplirla y durando años? Porque si se trata de hacer el amor constantemente, hay que pensar que luego vendrán los años y los achaques y las cosas no serán lo mismo. Sólo la juventud lo resiste todo.

—Hum, ya te veo buscando un apartamento de medio lujo y metiendo a Jean de cabeza, le guste o no.

—¿Y tú no meterías a Gilbert si pudieras?

—¿A Gilbert? —Se rió con franqueza—. La verdad es que no me encerraría con él en parte alguna.

—En ese caso, es que no estás enamorada de él.

—Será porque creo en el
amor-sexo
y nada más.

—Si dices eso es porque no has descubierto todavía el otro amor.

—¿Qué otro amor; acaso hay algo más que sexo en el amor?

—Si tú no lo has descubierto, ¿qué te voy a decir? Te aseguro que cuando lo descubras no hará falta que te lo explique nadie.

—Vaya con Silvy, ahora viene dándome lecciones. Mira, yo creo que una vez satisfecho el sexo, no hay nada más que amistad, pura y simplemente amistad.

—La amistad es un bello sentimiento al que hay que añadir amor, porque yo considero que el amor no es sólo sexo y tampoco amistad, sino un cúmulo de sentimientos y lazos mutuos. Pero dejemos esta polémica para otro rato; deben estar esperándonos. Ah, y ponte de una vez los pantalones; creo que ya le has metido tus hermosas piernas demasiado por las narices a Jean.

—¿Celos?

—Bueno, los hombres no son de piedra y si en algo pueden flaquear es en el sexo precisamente.

—¿Crees que te lo podría quitar?

Silvy suspiró.

—No puedo jurar por lo que otra persona puede hacer o dejar de hacer. Francamente, pienso que Jean no iba a traicionarme, pero, por si acaso, es mejor quitarle el peligro. Un pecadillo lo puede cometer cualquier hombre, pero sólo sería eso, un pecadillo de unos minutos y nada más.

—¿Estás segura de que «nada más»?

—Segura. Si fuera otro, tendría que callarme, pero Jean tiene mucho carácter. Le gusta el sexo porque es muy, muy digamos viril, pero ésa no es toda su obsesión en la vida. Vale mucho más que eso.

—Lo dices como si lo supieras todo sobre él.

—Lo que no sé, procuro averiguarlo. Ahora, anda. Yo también te espero abajo. Si me quedo aquí, me temo que terminaríamos dejando de ser amigas.

Marie se quedó sonriendo, pero cuando Silvy abandonó el cuarto, contrajo una mueca en su boca. Había disgusto en su gesto.

Cogió una prenda de ropa y la arrojó sobre la cama, aquella cama que no había utilizado en toda la noche, pues había dormido en el suelo.

Volvió sus ojos hacia la ventana e, instintiva y rápidamente, rechazó mirar hacia la ciudad de los muertos. No quería volver a ver la necrópolis de Pére Lachaise.

Ya no estaba segura de si lo que había visto era un sueño o

realidad; no estaba segura de nada, absolutamente de nada.

Escogió unos pantalones. Tomó de su maleta una bolsa de deporte e introdujo en ella el bikini negro que era la mínima expresión de bañador que se podía encontrar. También metió una toalla, una blusa y otros pantalones para colocarse ropa limpia cuando saliera de la piscina. Así se sentiría mucho mejor.

Ya con la bolsa de deporte llena, abandonó el cuarto y descendió por la escalera.

Lo que Marie ignoraba era con lo que se iba a encontrar en el piso inferior; algo muy desagradable que le haría pensar en la noche anterior, en el terror que había sentido. Algo que le haría pensar que todo no había sido una pesadilla.

CAPÍTULO VIII

—¿DECÍS que Gilbert no está aquí?

—No, no está —ratificó Silvy.

Por su parte, Jean observó:

—Parece que estuvo tendido en la cama, pero se ha largado. Lo extraño es que se ha dejado los zapatos aquí.

—Qué raro. No se habrá ido por la noche sin zapatos; aunque haga sol ahora, creo que ha llovido toda la noche.

—A lo mejor está por abajo buscando comida, ya sabéis que es un tragón —dijo Silvy, sin dar demasiada importancia al hecho de que Gilbert no estuviera en su habitación. Al descender al segundo piso, escucharon unos extraños gemidos. Jean se detuvo y con la mano hizo detener a las dos féminas.

—Aguardad.

—¿Qué será eso? —preguntó Silvy.

Por su parte, Marie observó:

—La vieja dijo que estábamos solos en la pensión y ahí dentro parece haber alguien.

—Será mejor que sigamos bajando —indicó Silvy.

—No sé, tengo la impresión de que ahí dentro está sufriendo alguien —indicó Jean—. A lo peor, Gilbert se ha equivocado de cuarto con la oscuridad que había anoche en la escalera. En fin, será mejor que veamos qué hay.

Como movida por un impulso que no podía contener, Marie pidió:

—¡No, Jean, no abras, no abras!

—¿Por qué?

Silvy opinó:

—Será mejor que se lo digamos a las dos viejas.

—Primero veremos qué le pasa al que está ahí dentro. ¿No oís que sigue quejándose?

—¿Y si hay algo desagradable?

Jean miró a Marie y respondió:

—Si hay algo desagradable y podemos ponerle solución, lo haremos. No olvidéis que estamos aquí para averiguar qué sucesos extraños ocurren en esta pensión y esos gemidos… Si no queréis ver lo que hay ahí dentro, bajad y yo ya me reuniré con vosotras, no tardaré.

Las dos muchachas se miraron y ambas se quedaron quietas, como disponiéndose a ver lo que sucedía.

—Como queráis.

Jean abrió la puerta sin llamar.

Un tufo a humedad y a hediondez cadavérica les dio en el rostro y fue tan desagradable y fuerte que casi les empujó hacia atrás, hacia la baranda.

—¡Dios mío, es horrible lo mal que huele! —exclamó Silvy.

La habitación estaba con la ventana cerrada y a oscuras.

No se veía lo que allí había, pero sin duda alguna, había alguien vivo y que gemía.

Jean palpó la jamba de la puerta con sus dedos hasta encontrar el interruptor. Lo hizo girar, pues se trataba de un modelo muy arcaico, e inmediatamente una bombilla débil y desnuda que pendía del centro del techo se encendió, iluminando con un tono amarillento aquella estancia cuya hediondez mareaba y se hacía irresistible.

—¡Dios mío! —gimió Silvy.

—¡Qué asco! —exclamó Marie por su parte.

Jean, aguantando sin respirar, miró al hombre tendido en el lecho.

Llevaba ropas viejas, harapientas, malolientes. Aquel ser, de mirada obsesiva, mantenía los ojos muy abiertos, tan abiertos que semejaba ir a desorbitarlos.

Tenía por encima de los sesenta años. Su cabello era canoso y estaba mal afeitado, como si en una decena de días no se hubiera rasurado la cara.

Su aspecto general era nauseabundo, repugnante, y su boca se abría para emitir gemidos y sonidos ininteligibles que hacían pensar en un viejo subnormal profundo, incapaz de coordinar palabras y sonidos, aunque sus ojos expresaban angustia, terror.

Más, lo peor que tenía, lo más desagradable, era que estaba atado a los barrotes de la cama con viejas cuerdas, con nudos burdos, que mantenían sus manos sujetas a los hierros de la cabecera, bien separadas una de otra.

Lo mismo ocurría con los pies, oprimidos por los tobillos a los hierros del extremo inferior del lecho, de modo que el hombre se veía obligado a mantener sus piernas abiertas.

Jean cruzó la estancia conteniendo la respiración y abrió la ventana de par en par. Aquel ser aumentó sus gruñidos de forma alarmante.

—Parece que le molesta la luz del día —dijo Silvy, vivamente impresionada por lo que veía.

Marie, señalándolo, gritó de pronto:

—¡Es el muerto, el muerto, es el muerto!

Silvy y Jean se la quedaron mirando. Fue el hombre quien preguntó:

—¿De qué muerto hablas?

—Anoche, anoche, con el catalejo, vi a un muerto salir de su tumba. Sí, estoy segura, ahora estoy segura, salió de su tumba. Abandonó el cementerio y vino a la pensión… Estoy segura de que es él, las ropas son las mismas, aunque antes no tenía ojos y ahora sí. Su piel estaba repugnante, pero tenía que oler como huele éste ahora. ¿Es que no os dais cuenta? ¡Huele a cadáver, huele a cadáver!

Silvy se echó atrás instintivamente.

Jean, controlando la honda repugnancia que le inspiraba aquel hombre atado a la cama, se le acercó.

—¡Jean, no lo sueltes, es el muerto, es el muerto!

—Por favor, Marie, contrólate. Este hombre está vivo.

—¡Yo no sé lo que sucede, no puedo explicarlo, pero juraría que fue él quien escapó anoche del cementerio! Yo me desmayé de horror y ahora está aquí, atado… No entiendo nada, nada, pero esas viejas tienen que saber mucho; ellas lo tienen que saber todo…

Silvy, haciendo un esfuerzo para dominarse, pero sintiendo el miedo en su cuerpo, balbució:

—Este hombre está vivo, Marie, está vivo.

—No lo entiendo, parece haber cobrado vida. No tenía ojos, era un cadáver salido de su tumba que caminaba y ahora es algo

diferente, pero las ropas son las mismas. Es como si, de pronto, hubiera vuelto al momento de su fallecimiento, al momento en que dejó de existir, porque no podéis negarme que tiene cara de cadáver.

—Es mejor salir de aquí, es mejor salir —repitió Silvy un tanto obsesionada y apresurándose a abandonar la habitación seguida de Marie.

Al ver sufrir tanto a aquel ser, Jean cerró los postigos de la ventana, mas no le quitó las cuerdas. Apagó la luz y cerró la puerta del cuarto.

—No sé lo que pasará, pero no parece estar en su sano juicio —opinó Jean.

—No queréis creerme, pero es cierto. Ese hombre es el cadáver que salió del cementerio que tenemos delante.

—Marie, eso es imposible, totalmente imposible. ¿Es que no te das cuenta? —inquirió Silvy, temblando ligeramente por la impresión que acababa de recibir.

—¿Imposible? ¿Y qué viste tú allí, junto al Sena, cuando aquel hombre se murió? ¿Podrías explicárselo a alguien pensando que te iba a creer?

Silvy, desarmada, miró a Jean en demanda de ayuda. Éste fue quien respondió:

—Tengo que admitir que ese hombre parece realmente un cadáver y huele como tal, pero quizá sea culpa de las ropas que lleva, son puros andrajos. Si se bañara y cambiara de ropa, quizá no oliera tan mal. Yo lo veo como un perturbado mental, aunque sus ojos son muy expresivos. Lo que emite por su boca es totalmente incoherente. Podría hacer venir a un profesor psiquiatra de la Universidad y seguro que me diría que es un caso profundo sin remedio.

—Jean, esto no es cosa de la ciencia. Aquí hay brujería o como quieras llamarla, pero algo muy desagradable.

—Antes de emitir un juicio que puede resultar erróneo, preguntemos a las hermanas Magenta. Ellas sabrán qué significa ese hombre atado a la cama.

—Silvy tiene razón. ¿Y Gilbert, dónde está Gilbert?

—No lo sé, arriba no está. Se ha dejado los zapatos en la habitación, lo que resulta muy raro. Quizá ande por abajo o se haya

dormido sentado en el retrete.

—Esperemos que no haya tenido tan mal gusto —dijo Silvy, iniciando el descenso por la escalera.

Atrás, en la habitación, quedaban aquellos gemidos que ahora sonaban casi como un llanto desconsolado.

Bajaron al vestíbulo. Abrieron el retrete y no encontraron a nadie, tampoco en la cocina ni en el saloncito.

Parecían estar solos en la pensión, con aquel ser desconcertante cubierto con harapos que semejaban sacados del interior de una tumba, pues aquel ser era totalmente anormal, incapaz de hablar coherentemente. Por otra parte, faltaba Gilbert.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Silvy, angustiada.

—Hay que encontrar a Gilbert —musitó Marie, al borde del sollozo—. Tengo una corazonada.

—Por favor, Marie, no seas pesimista. Todavía no ha sucedido nada, nada.

—¿Todavía? Quizá es que todavía no lo sabemos.

—Tengamos calma, hay que tener calma. ¿Entendéis? —exigió Jean.

En aquel momento escucharon la intermitente y conocidísima sinfonía de París, que era la sirena de la policía, una sirena que podía oírse durante toda la jornada y en cualquier parte de la ciudad.

Lo mismo la emitían las motocicletas de la policía que sus furgones enrejados o los de operaciones de socorro. No cesaban en todo el día, lo que había hecho que la sirena fuera conocidísima y tildada como la constante sinfonía de París.

—La policía —dijo Silvy.

No era nada raro oír a la policía; cualquier habitante de la urbe, fuera galo, senegalés, chino o expatriado ruso, lo sabía; mas en aquella ocasión, el furgón policial se detuvo frente a la pensión Lachaise.

Los tres jóvenes se miraron entre sí, mientras los gendarmes descendían del vehículo y se dirigían a la puerta que se hallaba abierta y desde la que podían verlos.

Aquello aumentó el desasosiego que ya estaban viviendo en la extraña e inquietante pensión.

CAPÍTULO IX

—¿ES suyo ese coche?

El oficial de la policía había interpelado a Jean, señalando el vehículo que se hallaba sobre la hierba del Bosque de Bolonia, una veintena de metros fuera del asfalto.

Jean observó con mucha atención su «Volkswagen», modelo popular y con varios años de uso, un coche viejo, pero que tenía un excelente «corazón», y que daba de sí lo que se le pedía.

Aquel utilitario, muy apropiado para estudiantes que querían desplazarse por París o sus aledaños sin problemas y con poco consumo, estaba negro, carbonizado, con la plancha retorcida.

—Me temo que sí es el mío —dijo. Rascándose un poco la poblada barba cobriza, agregó—: Y no tenía más seguro que el mínimo obligatorio.

—Pues se ha quedado sin coche, joven, y va a tener que pagar los servicios que sean necesarios para sacarlo de ahí. Habrá que cargarlo en un camión, es pura chatarra, y ni siquiera pueden girar los ejes de sus ruedas. ¿Qué puede decimos?

Jean pensó en Gilbert. El amigo que estudiaba veterinaria había desaparecido y él no podía cargarle con lo ocurrido al «Volkswagen», entre otras cosas porque no estaba seguro de que hubiera sido él, aunque lo sospechara y tampoco iba a poner a Gilbert en manos de la policía.

—Lo dejé aparcado en el bulevar Ménilmontant. Algún ladronzuelo se lo habrá llevado durante la noche. La verdad es que hasta verlo ahora no me he enterado de que lo habían robado.

—Es cierto, usted no había presentado ninguna denuncia de robo en la comisaría —asintió el gendarme—. ¿Tiene sospechas de quién puede haberlo robado y traído luego hasta aquí?

—Ni la más ligera idea, y supongo que eso ocurrirá igual con los cientos y cientos de automóviles que se roban en París.

—¿Y por qué ha ardido?

—Vaya usted a saber. Lo cierto es que no tenía el depósito lleno de combustible precisamente.

—¿Asegura que no fue usted quien se salió de la calzada y por alguna causa o descuido se le prendió fuego el coche?

—He estado toda la noche durmiendo en la pensión Lachaise, allí donde me han encontrado.

—Sí, y lo que ha costado localizarle. Menos mal que *madame* Magenta lleva las cosas muy puntuales con la policía y les había inscrito en la forma reglamentaria. Los estudiantes son difíciles de encontrar. En fin, hará su declaración, la firmará y luego el juez decidirá.

—¿Decidirá el qué?

—Pues si es usted culpable de haberse salido de la calzada, quemado el coche, chamuscando la hierba y de haber sido necesario emplear los servicios de bomberos para la extinción del fuego, con el peligro consiguiente de haberse propagado el fuego por todo el bosque.

—Oiga, si los servicios de bomberos han apagado el coche, no puedo felicitarlos a la vista de cómo ha quedado. ¿No cree?

—Joven, no busque más problemas. Si no se ocupa de sacar de donde está esa chatarra que le pertenece, lo harán los servicios públicos a su cargo, dejando a un lado la multa que se le pueda imponer por degradación del medio ambiente.

—Hagan lo que quieran, yo me declaro inocente. Me han robado el coche; me lo devuelven convertido en chatarra retorcida y encima la policía quiere buscarme las cosquillas. Ya hablaré de esto con el comité de estudiantes de la Universidad. Seguro que se mete usted conmigo porque soy estudiante. Si fuera otro capitoste, con un buen cochazo, le creería a la primera; en cambio, duda de mis palabras.

De pronto, el gendarme se puso tenso como una vara.

—*Monsieur*, no tenemos ninguna discriminación. Todos somos ciudadanos y yo no decido nada, es el juez. Puede alegar su inocencia y denunciar el robo del vehículo, es su derecho; pero debe reconocer que esa chatarra en mitad de la hierba no hace el efecto de ningún monumento.

—De acuerdo, de acuerdo. Por cierto, ¿no había nadie dentro del

coche?

—No, nadie. Quien lo incendiara, logró salir a tiempo. ¿Me enseña sus manos?

—¿Mis manos, por qué?

—*Monsieur*, cuando un coche o una casa se incendia, los propietarios o quienes se hallan presentes en el siniestro suelen presentar huellas, aunque sean ligeras, de quemaduras en las manos.

—Si es eso…

Y le mostró sus manos.

Mientras, en la pensión donde se habían quedado Silvy y Marie, ésta última dijo:

—Yo hubiera denunciado a la policía la existencia de ese ser, si es que se le puede llamar de alguna manera.

—Es mejor no decir nada. No es asunto nuestro lo que haya en esa habitación.

—¿Que no es asunto nuestro? ¡Aquel ser es repugnante y está atado a la cama!

—Si está atado, no veo que pueda hacer ningún daño.

—¡Pero no puede estar aquí con nosotros!

—Si se lo contamos a la policía, lo enviarán al psiquiátrico y a lo peor, las viejecitas se molestan. Puede ser algún pariente suyo, ¿no crees?

—Lo que creo es que cuando regresen Jean y Gilbert me iré de esta pensión. Yo no soporto otra noche como la pasada, palabra que no.

—¿Insistes en que viste salir a un muerto del cementerio?

_—Ya sé que estás pensando que la que debe ir al psiquiátrico soy yo, pero estoy segura de que un muerto salió del cementerio y vino a la pensión. Y estoy convencida de que el sujeto que hemos visto atado a la cama tiene mucho que ver con ese muerto.

—Desvarías, Marie, desvarías. El desgraciado que hemos visto en la habitación es sólo eso, un ser desgraciado y torturado. Admito que lo tienen en unas condiciones infrahumanas, pero ¿serás tú capaz de quitarle las cuerdas que lo sujetan a la cama?

—¿Yo? Lo que yo haré es ir a la policía, y exigir un registro de esta maldita pensión. Sí, iré a la policía.

—¿Para qué irá a la policía, *mademoiselle*, para qué?

Los dos se volvieron en redondo. Allí estaba *madame* Hortense, apoyada en su bastón de bambú con empuñadura de marfil.

—*Madame*, ¿de dónde sale? La hemos estado buscando por toda la pensión y no la hemos encontrado —dijo Silvy.

—Quizá es que no conocen bien la pensión —respondió, sonriendo de una forma que a las dos muchachas les pareció muy maliciosa.

—¿También tienen un sótano? ¿Es allí donde esconden a los muertos? Yo vi salir a un muerto del cementerio y hemos visto también a ese desgraciado al que tiene atado con cuerdas a la cama.

—*Mademoiselle*, creo que no se encuentra usted muy bien esta mañana.

—No nos va a negar que tiene a un hombre atado de pies y manos en una habitación, ¿verdad?

—Si se refiere a Antoine…

—¿Quién es Antoine?

—Supongo que no tengo por qué darle tantas explicaciones, pero como la veo tan nerviosa, le diré que es un primo lejano que se quedó sin familia y para no internarlo en un psiquiátrico lo tenemos a nuestro cuidado. Lo cierto es que más que loco es un hombre que no llega ni a idiota; el pobrecillo nació así. Ha sido incapaz de hablar en toda su vida y no sabe hacer nada.

—¿Y por qué lo tienen atado?

—Porque tiene la manía de arrojarse por las ventanas. Ya se ha fracturado huesos en varias ocasiones. Usted no querrá que dejemos que se suicide, ¿verdad, *mademoiselle* Marie?

—No me creo una sola palabra de lo que dice. ¿Y Gilbert?

—Gilbert, ¿qué le pasa al garçon?

—Eso es lo que nos tiene que decir usted, *madame* Hortense. Gilbert ha desaparecido.

—Por favor, Marie, cálmate —le pidió su compañera—. ¿Ella qué sabe si Gilbert ha salido de su habitación a la calle durante la noche y no ha regresado aún?

—Lo cierto es que no sé nada. ¿Y el otro garçon, el más alto, el de la barba? Jean, sí, Jean… Esta cabeza mía ya empieza a fallarme; son los años, los años.

—No se haga la ancianita desvalida. Usted es una bruja, si, una bruja, y su hermana también.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó *madame* Marguerite, entrando en la pensión por la puerta que daba al bulevar.

Colgada de su diestra llevaba una recia bolsa de compra, que debía pesar lo suyo, porque la huesuda mujer lo acusaba, inclinando su hombro derecho.

—No pasa nada, Marguerite. Parece que no han dormido muy bien y han visto a Antoine en la cama y se han puesto nerviosas.

—Encerrado en aquella habitación huele a mil demonios —exclamó Silvy—. Estaría mejor en un centro adecuado para su estado de subnormalidad profunda.

—Tonterías —rechazó *madame* Marguerite, más hosca, más dura que su hermana Hortense.

—¿Tonterías? Ya veremos qué opina la policía cuando vaya a contarles que tienen a ese pobre infeliz atado en la cama y todo ese asunto del muerto que se marchó del cementerio para venir a la pensión, porque yo lo vi anoche con el catalejo, lo vi con mi ojo… —Se señaló el ojo izquierdo.

Madame Marguerite se puso tensa, pero apenas se le notó.

—Creo, *mademoiselle*, que usted debe beber por las noches o, quizá peor; nosotras hemos oído hablar de la juventud que se droga.

—Marguerite, tengo que hablarte —le dijo Hortense—. ¿Puedes venir un momento conmigo?

—Sí, claro.

Dejó el bolso en el suelo y las dos mujeres se alejaron hacia el interior de la pensión.

—Son unas brujas, unas brujas peligrosas y malignas —silabeó Marie.

—No insistas con esas tonterías, pareces medieval.

—Medieval, ¿eh? No creéis lo que os digo, pero es cierto, muy cierto. Veamos qué hay en ese bolso.

—No lo toques, Marie, no tienes por qué hacerlo.

Marie no hizo caso a Silvy y lo palpó por su parte externa.

—Está caliente.

—¿Y qué pasa con que esté caliente?

—Es sospechoso, ¿no?

—Tú lo ves todo sospechoso, Marie. Estás tú caliente, pero de la cabeza, lo ves todo retorcido.

—Ahora veremos qué lleva dentro, porque este cesto pesa varios

kilos.

—Déjalo en paz, Marie, nos van a ver. Se molestarán y con razón; nos estamos entrometiendo en lo que no nos importa.

—Yo he de ver lo que hay dentro o no me quedaré tranquila. —Abrió el bolso y dijo—: Hay otra bolsa negra de plástico que está muy caliente.

—Qué manía. Si lo sé, me marcho con Jean y la policía.

—La policía sólo quería llevarse a Jean por su coche. Seguro que se lo ha llevado Gilbert y ha hecho alguna de las suyas. —Abrió la bolsa negra y exclamó—: ¡Mira, Silvy, son cenizas, cenizas calientes!

—¿Cenizas calientes? ¿Y qué sucede con ello?

—¿No te parece extraño que *madame* Marguerite venga de la calle cargada con un saco lleno de varios kilos de cenizas calientes?

—Pues no sé qué decirte.

—Yo no entiendo de todo esto, pero a lo peor son cenizas de muerto.

—¡Marie!

—No te lo crees, ¿eh? Pues ¿por qué no coges un poco de estas cenizas y las analizas en el laboratorio biológico que tenéis en la facultad donde estudias?

—Déjate de tonterías, eres muy macabra. Sólo piensas en muertos que escapan del cementerio, en cuevas infernales, en cenizas de cadáver… ¿Es que quieres meterme el miedo en el cuerpo?

—¿Por qué no llevamos un poco de estas cenizas a la policía y que ellos decidan lo que es?

—Tiene usted una mente muy retorcida, *mademoiselle* —manifestó la voz de *madame* Marguerite que, al igual que antes hiciera su hermana, las sorprendió apareciendo cuando menos lo esperaban y cuando más enfrascadas estaban en sus indagaciones.

—Con que mente retorcida, ¿eh? Estas cenizas están calientes. ¿Qué explicación da usted a lo que tengo entre los dedos?

—Si opinan que son cenizas de muerto, deberían darle repugnancia, ¿no cree?

Marie adquirió súbita conciencia de lo que podía tener entre sus dedos y lo soltó. El polvillo cayó pesadamente al suelo, ensuciando aún más la ya vieja y ajada alfombra.

—¡Es horrible, horrible!

—Por favor, *mademoiselle*, eso no es más que abono que nos hacen especialmente para nuestras plantas, abono recién preparado. ¿Le parece repugnante ahora?

—¿Abono? ¿Y dónde tienen su jardín? —inquirió Marie, agresiva, al sentirse como ridiculizada.

—¿El jardín? Ah, claro… Vengan, vengan y podrán verlo con sus propios ojos. Así dejarán de decir e imaginar tonterías.

Marie miró a Silvy como pidiéndole su opinión.

—Ve a verlo. ¿No estabas tan intrigada?

—De acuerdo, veamos ese jardín, pero ven tú también conmigo.

—Está bien, pero tengo hambre.

—Por favor, *mademoiselle* Silvy, si pudiera llevarme la bolsa… Ya tengo muchos años y pesa demasiado.

—Claro, cómo no.

Siguieron a *madame* Marguerite hasta la cocina. Allí aguardaba *madame* Hortense apoyada en su bastón de bambú.

—Hortense, vamos a ver el invernadero —dijo Marguerite.

Abrió la puerta de la alacena. En la pared lateral interior derecha de la misma había otra puerta, muy escondida.

—¿Por ahí se va al invernadero? —preguntó Marie, recelosa.

—Sí. No tenemos la suerte de poseer un patio y hemos preparado un invernadero que, gracias al acondicionamiento que posee, se mantiene a una temperatura muy estable. Sígannos y podrán verlo. Seguro que se sorprenderán de las flores tan hermosas que cultivamos.

Lo que más sorprendió a las dos muchachas fue que para ir al invernadero precisaran descender por unas angostas escaleras a una especie de sótano o bodega.

En su primer tramo estaba mal iluminado por una bombilla. Se abrió una puerta y sus ojos se llenaron de luz. Allí había un invernadero subterráneo.

—¿Lo ven? Pasen, pasen… Son plantas aromáticas muy hermosas que cultivamos nosotras mismas, muchas de ellas para nuestro propio consumo. Otras, son simplemente ornamentales, ya lo verán.

Silvy observó, perpleja, todos aquellos tubos de luz atornillados al techo del recinto subterráneo que olía a humedad; sin embargo,

había aireación.

Había tantos olores de plantas distintas que se confundían unos con otros, formando una mezcolanza que recordaba a algunas colonias que en sí mismas contenían tantas variedades de esencias que resultaba imposible averiguar cuáles eran éstas.

—Estas luces son de ultravioleta, ¿verdad?

—Son tubos de esos que llaman solares. Dan ultravioleta e infrarrojos, lo que las plantas necesitan. También los instalan en los acuarios para que las plantas se conserven verdes y tengan la luz que necesitan para vivir.

—¿Y esas cenizas son el abono para estas plantas? —preguntó Marie, siempre recelosa.

—Sí, y crecen muy hermosas. Nos ha costado mucho montar este invernadero; vale muchos francos toda la instalación técnica, pero ya ven, aquí hay orquídeas y muchas flores exóticas.

—Eh, eso es una papaverácea —observó Silvy.

—Parece una amapola muy linda —opinó Marie.

—Sí, es una papaverácea; son flores muy hermosas.

—Sacan opio de aquí, ¿verdad? —preguntó Silvy abiertamente.

—¿Opio? —repitió *madame* Hortense—. Sólo un poquito de adormidera, para cuando sufrimos insomnio. Ya saben, los viejos parece que dormimos mucho, pero no es así.

—De modo que tienen su cultivo clandestino de drogas, ¿eh? —dijo Marie muy incisiva.

—¿Drogas? Qué tontería, plantas aromáticas, plantas para hacer infusiones. Así no necesitamos comprarlas en los herbolarios. Es, ¿cómo se dice ahora? *Hobby*, sí, nuestro *hobby*.

Madame Marguerite cogió una maceta y levantándola entre sus manos, pidió:

—Huelan, huelan ésta. Verán como jamás han olido nada tan perfumado y agradable.

Las dos jóvenes inclinaron sus rostros hacia la planta que tenía unas flores color salmón moteado y exhalaban un perfume tan intenso que llegó a marearlas.

—Oh, aparte, aparte, es demasiado —exclamó Silvy.

Ambas volvieron sus rostros. Tras ellas estaba *madame* Hortense con una botella de pulverizador, apta para introducir en ella una solución acuosa y luego manchar, inyectándole aire.

Salió un líquido que pulverizó el rostro de las dos jóvenes, que quedaron sorprendidas por el inesperado ataque de la, aparentemente, desvalida viejecita.

Se quejaron, pero fue inútil. *Madame* Hortense siguió proyectando contra sus narices y bocas aquel líquido pulverizado mientras reía y reía con una singular y siniestra carcajada.

Silvy y Marie se tambalearon. Se agarraron la una a la otra y ambas, en medio de aquellas patéticas y cascadas carcajadas, perdieron el sentido, rodeadas de exóticas y aromáticas plantas que se cultivaban en aquel sótano de París.

CAPÍTULO X

—QUÉ extraño —comentó Jean por lo bajo—. ¿Dicen que no han dejado ninguna nota ni clase de aviso?

Madame Marguerite denegó con la cabeza. Cerca de ella, *madame* Hortense, apoyada en su bastón, trató de explicar:

—Han dicho que iban a buscar al otro *garçon*, al joven Gilbert.

—Pero ¿adónde?

Ante la pregunta de Jean, ambas se encogieron de hombros.

—Todo es tan complicado… —suspiró Jean—. Me roban el coche y luego aparece quemado y retorcido en el Bosque de Bolonia. La policía me complica la vida y cuando regreso, ya no están aquí Silvy ni Marie.

—Si las espera, a lo mejor regresan más tarde.

—Iré a la facultad.

—Quizá estén allí ahora —asintió *madame* Hortense.

—O puede que estén esperando en la piscina. Sí, eso será, iré a las piscinas. Iré a buscar mi bañador y seguro que las encuentro en la piscina climatizada.

—Yo no entiendo cómo pueden meterse en una piscina en este tiempo tan frío —rezongó *madame* Hortense.

—Ha dicho climatizada, Hortense. Es una piscina de agua tibia y cubierta, ¿no es eso, *monsieur* Jean?

—Exactamente.

Jean subió las escaleras preocupado. Llegó hasta las habitaciones y no vio a nadie en ninguna. Tomó una toalla y un bañador y luego descendió.

Se detuvo frente a la puerta tras la cual descubriera al extraño ser que gemía y era incapaz de coordinar palabras.

Dio un paso hacia delante, como para cruzar de largo, pero luego retrocedió aquel paso. Le preocupó aquel hombre que había descubierto tras la puerta y no pudo evitar acercar su oído a la

madera, intentando captar algún sonido que le delatara la vida de aquel ser desgraciado, si realmente tenía capacidad para sentirse desgraciado.

Su mente no parecía funcionar correctamente.

No escuchó ni el más mínimo ruido. Había un silencio absoluto, un silencio que sólo rompía la propia respiración de Jean, que se mantenía junto a la puerta.

Con el ceño fruncido, tomó la manecilla de la puerta, una manecilla vieja, de latón ennegrecido. No le costó abrir la puerta, como había ocurrido en la primera ocasión. Aquella pensión no parecía tener una sola puerta que cerrara como era debido.

El olor fétido a cadáver, un olor que era como un muro y que impelía a retroceder, volvió a metérsele por las fosas nasales hasta producirle unas inmediatas arcadas. Resultaba muy difícil resistirlo; era como abrir una tumba y meterse dentro.

En aquel momento, la hediondez del lugar superaba a la que había notado horas antes, cuando había abierto aquella misma puerta para ver lo que había dentro.

La estancia transpiraba humedad y frío, un frío fuera de lo común, un frío que estremecía y resultaba pegajoso.

Tanteó la madera en busca del viejo interruptor de porcelana y dio la luz. La bombilla desnuda y amarillenta se iluminó, desplazando las tinieblas de la estancia.

Como estudiante de medicina, estaba hecho a muchas cosas. Había pasado por el aula de disección en el hospital; había tratado de imaginarse siempre lo peor y lo más repugnante para habituarse a todo y luego, ante la vida misma, ya no sorprenderse por nada, aunque su ideal, al escoger el camino de la profesionalidad, era ser psiquiatra y no cirujano y mucho menos un médico forense.

Pese a todo lo que había imaginado, lo que vieron sus ojos le horrorizó.

Resultaba increíblemente diabólico lo que allí ocurría.

Sobre el lecho, todavía sujeto por las manos y tobillos a los barrotes, yacía aquel ser, pero ya no era un ser vivo, sino muerto.

Había dejado de existir, si es que había tenido vida. Seguía con los mismos harapos corrompidos, hediondos.

Las manos y aquel rostro no sólo estaban huesudos, sino que hasta se veían los huesos, porque en algunos puntos, la piel estaba

cuarteada y saltada. En otros ya no existía la piel.

Tenía las cuencas vacías y carecía de labios. Su boca era un horrible agujero oscuro, incapaz de cerrarse.

Era como si en vez de horas hubieran transcurrido meses entre la primera vez que lo había visto y ahora. Era obvio que había fallecido, mas resultaba inexplicable aquella descomposición tan rápida y virulenta. La descomposición lógica de meses dentro de una tumba, allí había ocurrido en sólo unas horas.

Era como si hubieran sacado aquel cadáver de una sepultura en la que hubiera permanecido meses y lo hubiesen colocado sobre la cama, atándolo de pies y manos, temerosos de que pudiera escapar.

Jean recordó al otro cadáver, aquel ser que había muerto bajo la luz de los faros del «Volkswagen», y que había sufrido también una descomposición rapidísima, mucho más rápida que aquel otro que yacía en la cama.

El primero, en cuestión de segundos, había pasado a un estado esquelético que sólo con moverlo se habría reducido a polvo.

Jean no sabía qué explicación dar a lo que tenía ante sus ojos; no todo el mundo podía resistir aquello.

Pensó que podía denunciar el caso; allí había un cadáver descompuesto por un largo proceso de corrupción. Las hermanas Magenta tendrían que explicar el porqué de aquel cadáver allí, pero si lo hacía era muy posible que jamás averiguara la verdad.

Aquel cadáver sería reintegrado a su tumba y las dos hermanas, quizá encerradas en un psiquiátrico, cancelándose el caso.

Más Jean estaba convencido de que en todo aquello había algo misterioso, algo diabólico que tenía que descubrir.

Recordó las palabras de Marie. No cabía ninguna duda, aquel cadáver era el que había descrito la muchacha, el que ella viera salir de su tumba.

Jean había intuido, desde el principio, que la joven decía la verdad, que algo raro había visto, mas había preferido no darle la razón completa; habría sido peor.

Ahora, solo frente al cadáver corrompido, se confirmaba su suposición y era mejor que Marie no lo viera o terminaría por enloquecer.

Jean sabía que estaba buscando en el mundo oscuro y enigmático del espiritismo o pseudoespiritismo, una gente que

reclamaba la presencia de los muertos; mas no había llegado a sospechar siquiera que vería a los muertos en forma física, como aquél que yacía sobre la cama.

Había mucho truco en el mundo del espiritismo, pseudoreligiones y sectarismos paralelos, y cuando las apariciones tenían cierta verosimilitud, resultaban vagas y fugaces, inconcretas, algo que escapaba de las posibilidades sensitivas de los seres vivos.

Pese a todo, existía una larga cronología literaria respecto al regreso de los muertos llamados del más allá, y que habían cometido hechos horribles en el mundo de los vivos, del que se habían desligado en el momento de fallecer.

Incapaz de soportar más aquella hediondez, pues sentía frío y dolor hasta en sus pulmones, incapaz de seguir mirando aquellos restos humanos, incapaz de elucubrar más posibilidades en busca de una explicación lógica, Jean cerró la luz y después la puerta.

Descendió los peldaños lentamente, como si hubieran lastrado sus zapatos con pesados plomos.

Al salir de la pensión, agradeció no toparse con las hermanas Magenta.

El sol había desaparecido del cielo de París y las nubes grises habían hecho su aparición hasta cubrirlo por completo. El cielo podía permanecer varios días encapotado, sin llover, o también era posible que lloviera al cabo de unos instantes.

Tomó el metro y fue hasta la piscina cubierta.

Allí encontró vida, bullicio, jóvenes de ambos sexos que se divertían y bañaban, que se besaban y se perseguían unos a otros, gastándose bromas. De vez en cuando, alguien gritaba y chapoteaba violentamente cuando era arrojado al agua por otros amigos.

Jean buscó a Silvy, a Marie, a Gilbert.

Preguntó por ellos a diferentes conocidos, mas sólo recibió respuestas negativas. Nadie los había visto y comenzó a sentirse mal del estómago.

Se zambulló en el agua, saltando desde el trampolín. Deseaba estrellar su cabeza contra la superficie del agua y penetrar en ella buscando otro mundo, otra realidad.

Quería sentirse sacudido por una temperatura diferente, por una presión distinta que activara todo su cuerpo.

Se hundió hasta el fondo de la piscina, hasta tocar las baldosas

blancas y azules del suelo con las manos, con su tórax.

Nadó con fuerza pegado al fondo hasta llegar al otro extremo de la piscina. Una vez allí, tuvo la impresión de que su cerebro y sus pulmones querían estallar. Había sometido a su cuerpo a una presión y a una falta de aire excesivas.

Salió hacia lo alto y resopló con fuerza.

Recibió un aplauso cerrado de cuantos le habían observado. Había sido un récord nadar aquella distancia por debajo del agua, pegado al fondo.

Jean tenía la completa certeza de que por más que buscara a sus amigos, en especial a Silvy a la que amaba, no iba a encontrarlos. Parecía absurdo, pero era así.

Nadó con fuerza, sin atender a nadie, metiendo la oreja a cada brazada dentro del agua para escapar a los ruidos, a las voces que allí, bajo la bóveda que cubría la piscina, se ampliaban como si el agua actuara reverberando los sonidos.

Pese a una extraña acidez en su estómago, no sintió deseos de comer, aunque sí tomó un largo vaso de leche cruda sin azúcar.

Fue al cementerio de Pére Lachaise y paseó por él.

Llegó hasta la capilla. Cerca de ella, en los bancos, se sentaban unos viejos que parecían observar el lugar al que serían trasladados en breve tiempo, como si le estuvieran tomando medida. Parecían un comprador de parcelas que antes de decidirse mira y remira el paisaje al que sin duda alguna irá a dar con sus huesos.

Todo era paz, tranquilidad.

Anduvo por uno de los caminitos, pasando ante la tumba de Chopin, donde una mujer cincuentona, con canas en su cabello rubio, cambiaba las flores de los búcaros con auténtico amor e ilusión, sin que nadie se lo pidiera ni agradeciera.

Debía ser una fervorosa entusiasta de la obra de Chopin o quizá, más que eso, estaba enamorada a través del tiempo de la figura triste y tísica del gran músico que había buscado los aires de la isla mallorquina para reponerse.

Jean siguió paseando. La tarde avanzaba y unas finas gotas le advirtieron que, posiblemente, la noche sería lluviosa.

CAPÍTULO XI

SILVY se encontraba fuertemente mareada, no sabía si por haber sido drogada sorpresivamente o por los intensos aromas que llegaban hasta su olfato.

Eran aromas que la repelían. Nunca había soportado bien el olor de la cera quemada ni del incienso, y ahora todavía era peor, porque a esos olores se añadían otros que no se podían llamar perfumes y sí esencias desconocidas que la turbaban.

Todo lo veía como entre nieblas.

Había sufrido pesadillas desagradables, sueños de un mundo caótico y erótico que ella no había buscado.

Intuyó la relación entre aquellas pesadillas y las de la noche anterior. Quiso levantarse y no pudo. Intentó gritar y no lo consintió.

Fue entonces cuando adquirió conciencia de que estaba sólidamente atada a una silla, de pies, manos y cuerpo. La silla era muy pesada y, además, su boca estaba amordazada. Dentro de ella notaba un pañuelo y por encima de sus labios, una especie de cinta gruesa y resistente que le impedía expulsar aquel pañuelo que le habían metido detrás de los dientes y que le producía náuseas, obligándola a respirar en todo momento por la nariz.

Parpadeó y clarificó su visión.

A dos o tres pasos de donde estaba descubrió un catafalco o, por lo menos, eso parecía. Estaba cubierto con una tela negra en la que habían pintados extraños símbolos cabalísticos en blanco, amarillo y rojo.

Sobre el catafalco, tendida cuan larga era, se hallaba Marie.

Parecía dormida. Su pecho se alzaba y descendía en una respiración lenta, pausada. Marie no estaba atada ni amordazada, sólo su estado de inconsciencia la obligaba a permanecer sobre el extraño y macabro catafalco, rodeada de tres grandes y gruesos

cirios y no cuatro como era habitual. Era como si el número tres resultara maléfico o esencial para algún rito.

A la cabecera del catafalco había un pedestal de madera de ciprés y sobre éste, una singular caja de música. Tras aquel pedestal estaba el tercer candelabro con el grueso cirio rojo, como rojos eran también los otros dos cirios que se hallaban a los pies del catafalco, uno a cada ángulo del mismo.

Silvy quiso llamar a su amiga. Ansiaba despertarla a gritos, pero la mordaza le impedía hacerlo.

De pronto, sorprendiéndola, aparecieron las dos hermanas Magenta, aquellas enigmáticas ancianas que paseando por las calles de París hubieran pasado por completo desapercibidas.

—Tranquila, hija, tranquila, hay tiempo para todo. Primero ella y luego tú. Sí, primero ella y luego tú —le dijo *madame* Hortense, apoyada en su bastón de bambú.

Silvy movió la cabeza de un lado a otro negativamente. Las dos hermanas rieron levemente, y *madame* Marguerite dijo:

—Será un gran honor para vosotras. Daréis la llama de la vida a otras personas que ya están muertas.

Silvy agrandó sus ojos hasta que le hicieron daño. No podía dar crédito a lo que le estaban diciendo. *Madame* Hortense prosiguió donde su hermana había hecho una pausa.

—La verdad es que a las personalidades importantes las reservamos para cuando estemos seguras. No es fácil lo que hacemos.

—Hortense tiene razón. Hace largo tiempo que venimos haciendo pruebas; es difícil, muy difícil lo que pretendemos. No se trata de una simple invocación a los muertos para que una madre o una tía queden satisfechas viendo al pariente muerto; no, es más serio que todo esto. Queremos regresar a la vida a los grandes personajes, a los genios, a los artistas, a quienes consiguieron algo grande en nuestro mundo. ¿Y qué mayor gloria que dar la vida para que uno de ellos la recupere?

Silvy hubiera querido gritar que no era posible, que los muertos estaban muertos y que había que dejarlos descansar en la paz eterna. Que no quería dar su vida por nadie y menos por un ser ya muerto.

Tuvo verdadero pavor, un pavor que jamás había sentido y ansió

que todo fuera una pesadilla más de la que tenía que despertar.

Pero allí estaban aquellas dos brujas y Marie, iluminada por los cirios colocados en torno al gran catafalco, capaz para dos personas.

—Nunca nos ha salido bien del todo. Vamos variando las esencias, las invocaciones. Terminaremos encontrando el medio para devolver la vida a los grandes personajes que se hallan al otro lado del bulevar, en el cementerio de Pére Lachaise. Sí, será nuestra gran obra. Toda la vida hemos estado luchando por ello.

Hortense asintió con la cabeza.

—Sí, desde que en aquel viaje al extremo del Mediterráneo oriental, encontramos nuestra cajita de música y comenzamos a descifrar sus jeroglíficos. Hemos consultado muchísimas bibliotecas a lo largo de nuestra vida, particulares y públicas, y hemos viajado a infinidad de lugares en busca de la solución a alguno de los criptogramas tallados en la madera. Toda la vida la hemos dedicado a descubrir lo que la cajita de música quería explicarnos. Pronto revelamos algunos de sus secretos, por ello cobramos fama de espiritistas. Podíamos invocar a los muertos. Ello nos ha dado dinero para vivir y también adeptos. ¿No es cierto, Hortense?

—Sí, Marguerite, tenemos adeptos conocidos, como el doctor Loire y Michel, que tiene la funeraria y convierte en cenizas todo lo que muere y ya es inservible, cenizas que van muy bien para abonar nuestras plantas del invernadero.

—¿Por qué le explicamos todo esto a Silvy, Marguerite?

—Porque, al fin y al cabo, ella va a dar su, vida. Esperemos que en esta ocasión no nos hayamos equivocado una vez más y consigamos la fórmula exacta. Que al dar a los restos la llama de la vida, recobre su primitiva alma, su pensamiento. Muere un cuerpo y el otro recobra la vida; pero el cuerpo que resucita tiene el pensamiento y el espíritu del que estaba vivo y no el original, y eso es lo que no queremos.

—Recuerda, Marguerite, que en el último caso estuvimos a punto de dar en el clavo. Gilbert murió, pero el muerto que volvía a la vida ya no era Gilbert.

—No, no era Gilbert del todo, pero tenía parte de él, a eso se debía la confusión de su mente. Quedaron los dos espíritus dentro de un mismo cuerpo y eso es una aberración, por ello se malogró el intento y la ocasión. Gilbert ya está abonando las plantas y el

muerto que pretendíamos resucitar tendremos que trasladarlo de nuevo a su tumba. Ha estado vivo unas horas y ha vuelto a morir, recobrando su estado cadavérico. —Palmeó el rostro de Silvy y agregó—: Ya sé, ya sé que todo esto que te contamos es absurdo e inexplicable para ti, pobre cabecita ingenua, pero nosotras hemos estado luchando toda la vida por conseguirlo, y no queremos morir sin lograr resucitar a los genios, a los grandes artistas. ¿Qué importa que unos cuantos miserables pierdan la vida si a cambio los genios resucitan para darnos más gloria?

Silvy quería gritar y no podía.

Quería huir físicamente y se encontraba atada y amordazada. Quiso escapar psicológicamente a la situación y tampoco pudo porque no logró perder la conciencia.

Las hermanas Magenta se habían apartado de ella y dieron varias vueltas en torno al catafalco sobre el que yacía Marie.

Dejaron caer pétalos de flores y raíces, que Silvy desconocía, mientras murmuraban satánicos rezos en lenguas posiblemente muertas. Después, se detuvieron a la cabecera del catafalco, una a cada lado del cirio y frente a la cajita de música.

Madame Marguerite encendió las tres velitas que tenía la caja de música en la que estaba la figura de la muerte con capa y guadaña.

Poco a poco, la figurita comenzó a evolucionar en su macabra danza al tiempo que sonaba la musiquita.

A medida que el baile de la muerte se aceleraba, *madame* Hortense entraba en una situación de trance. Se le cayó el bastón de las manos y se agarró al catafalco. Se le desencajó el rostro y los ojos se le tornaron como blancos.

Babeó y su hermana Marguerite, con las pupilas clavadas en la pequeña figura de la muerte, comenzó a lanzar unas invocaciones rotundas y contundentes, aunque Silvy no podía comprenderlas porque eran hechas en extrañas y antiquísimas lenguas.

Su forma de hacerlas era como el aullido de una perra y el maullido de una gata juntos; era algo que erizaba el vello del cuerpo.

En aquellos instantes, sobre el cementerio caía una fina pero persistente lluvia, que empapaba la hierba y la tierra en que echaba sus raíces, una lluvia que mojaba las losas y los techos de los pequeños panteones.

Se produjo un rumor, que no era de la lluvia y una losa de piedra comenzó a desplazarse hacia uno de sus lados. La losa se movía lenta, pesadamente. Quien la movía desde el interior de la tumba tenía que realizar un gran esfuerzo, un esfuerzo vedado al común de los mortales.

Apareció una mano esquelética que asió la losa y siguió empujando hasta retirarla casi por completo, dejando la tumba al descubierto. En su interior cayó la fina y fría lluvia de París.

Una figura que ya no podía calificarse como humana asomó por la fosa, abandonándola.

Era casi un esqueleto completo de mujer, medio cubierta por un sudario que debía haber sido blanco y que ahora era amarillento, con manchas oscuras y la lluvia comenzó a oscurecerlas todavía más.

Torpemente, aquella figura salida de su tumba, aquel ser obligado a abandonar su lugar de descanso eterno, avanzó por las calles del cementerio, guiada por una llamada que no se podía oír.

El ser espectral llegó hasta la puerta de hierro y sólo tuvo que jalar para que cediera. Después, salió al bulevar, solitario en la noche lluviosa.

Cruzó una calzada y luego la otra… Alguien lo vio desde lejos y debió de pensar que se trataba de uno de esos sucesos extraños que ocurren en las noches solitarias y que luego se tratan de olvidar.

Cuando Silvy vio entrar en la estancia, sólo iluminada por las velas, a aquella figura aterradora, notó que el corazón quería saltársele del pecho.

Las dos hermanas Magenta siguieron con sus invocaciones, aullantes la una y con sus espasmos babeantes la otra, en medio del trance en que se hallaba.

Aquel cadáver de mujer semejó mirar con sus cuencas vacías y adelantándose hasta el catafalco, se sentó en él; después se tendió junto a Marie.

Silvy agitaba la cabeza negativamente de un lado a otro, haciendo balancear la pesada silla a la que estaba sujeta.

Quería gritar, despertar a Marie, que ya tenía al cadáver junto a sí, un cadáver que era ya casi un esqueleto espeluznante, unos restos humanos que por diabólicas invocaciones habían llegado hasta allí.

Y por lo que habían explicado las hermanas Magenta, Marie iba a perder su vida para que la recobrara aquella otra mujer que debía haber muerto hacía años.

Aumentaron los vapores y los olores que brotaban de vasijas que Silvy no alcanzaba a ver, mientras la figurita de la muerte cercenaba con su guadaña una de las velitas que tenía la caja de música, que sonaba angustiosa y monótona.

Silvy pudo ver cómo aquel esqueleto, por una extraña magia, por un inexplicable y misterioso poder, recobraba su carne.

Era como los efectos especiales y fantásticos que se conseguían en determinadas películas de terror, pero aquello no era una película. Silvy lo estaba presenciando, lo estaba viviendo.

El esqueleto recuperaba su forma primitiva; recobraba el cuerpo que había tenido en el preciso momento de caer en brazos de la muerte, de aquella muerte que ahora parecía generosa y bajo las invocaciones de las dos hermanas Magenta, admitía el trueque de una vida por otra, mientras no se le arrebatara lo que era suyo, es decir, una vida.

Cuando Silvy ya contemplaba, aterrorizada, cómo aquella figura envuelta en el sudario se había convertido en una mujer de unos treinta años, irrumpió en la estancia la figura de un hombre que con su voz fuerte, viril, rompió el macabro encantamiento:

—¿Qué es esto?

Las dos hermanas se callaron. Hortense tenía más dificultades en recuperarse, pues se hallaba en trance, pero Marguerite se lo quedó mirando con fijeza.

Jean vio a Silvy y corrió hacia ella, quitándole la mordaza y sacándole el pañuelo de la boca.

—¡Jean, Jean, van a matar a Marie como mataron a Gilbert!

Jean masculló:

—La he visto salir de su tumba; he estado agazapado en el cementerio hasta que he visto lo que no quería creer.

Cogió los restos de la muerta y los arrojó al suelo, apartándola de Marie.

Madame Marguerite sacó entonces un puñal de larga y afilada hoja. Se abalanzó contra Jean, el cual le sujetó la muñeca armada y se la retorció al tiempo que gruñía:

—No debería pedírselo, pero perdón por esto…

Le asestó un puñetazo en mitad de la cara, que la lanzó contra la pared del fondo.

Con el brazo, sin proponérselo, derribó la cajita de música que se hallaba sobre el pedestal de madera. Al estrellarse contra el suelo, se rompió estrepitosamente.

Madame Hortense, sorprendida en su trance, desequilibrada, tuvo como un enloquecimiento repentino y derribó uno de los grandes cirios.

Debió de prender en una de las vasijas de esencias que ardió con rapidez.

Silvy, aterrada, con pupilas desorbitadas, miró el fuego. Jean recogió el puñal que *madame* Marguerite había perdido y comenzó a cortar las ligaduras para salvar a la muchacha.

El fuego y las sombras se extendieron por la sala.

El catafalco se prendió cuando Silvy ya estaba en pie.

Jean se inclinó sobre Marie y la notó totalmente inerte. Aplicó su oído al corazón femenino y dijo:

—Está muerta.

—¡Jean, nos vamos a quemar! ¡Saquémosla de aquí enseguida!

—Está muerta —dijo Jean, tosiendo—. Es mejor que se quede aquí, ya no se puede hacer nada por ella. Habría que explicar lo inexplicable.

Las dos hermanas Magenta ya no estaban allí.

Mientras Jean se ocupaba de Silvy y de Marie, ellas habían huido y torpemente desaparecían bajo la lluvia por las calles de París, mientras la figura de la muerte, con su guadaña, se retorcía atenazada por las llamas que la reducían a cenizas.

Jean y Silvy salieron a la calle abrazados.

La muchacha lloraba y se convulsionaba; había perdido toda su entereza, pero Jean la ayudaba a mantenerse en pie, bajo la fina lluvia cuando, por una de las ventanas de la pensión Lachaise, aparecieron las primeras llamas.

Alguien, asomándose desde otro edificio, gritó:

—¡Fuego, fuego!

Cuando llegaron los bomberos, ya nada se pudo hacer por la vieja y destartalada pensión.

Todo lo que había en su interior se había quemado y nunca más volvieron por allí las dos viejecitas de aspecto desvalido que habían

desaparecido en la noche lluviosa de la villa de París.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.